El Precio de una Corona

Milego

EL PRECIO DE UNA CORONA

EL PRECIO DE UNA CORONA.

ENSAYO DRAMÁTICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

JOSÉ MARIANO MILEGO.

ALICANTE:
Imprenta de Antonio Reus.
Jorge Juan, 11 y 13.

1879.

A mi muy querido hermano Saturnino:

En señal de verdadero cariño y gratitud, acepta, hermano mio, el pobre ensayo dramático que te dedica tu

JOSÉ MARIANO.

Alicante Marzo 1879.

CARTA

leida en la Velada Literaria, celebrada en el hogar del Decano de los poetas alicantinos, Sr. D. Juan Vila y Blanco, ántes de comenzar la lectura del drama «El precio de una corona.»

Dilectísimos amigos mios y respetables señores: Si accediendo, galantemente, á mi humilde invitacion, os agrupásteis en este cariñoso hogar, en el que parece se respiran «las auras que juegan con las flores del Himeto;» si en esta noche, que será para mi de eterna recordacion, os ha reunido vuestro bondadoso carácter y decidido amor á la gaya ciencia, para satisfacer mi deseo de que escucheis la lectura de un mi primer ensayo dramático; es natural, y más que natural justo, que me permitais, ante todo, rendiros un sincero tributo de gratitud por vuestra benevolencia, no ya por haber acudido al modesto hogar de nuestro Decano,—que honra y mucha es para nosotros el agruparnos alrededor del Milton Lucentino—sinó porque, anticipadamente, debo agradecer la molestia que una larga lectura ha de causaros, y que vosotros pensais sobrellevar gustosos, siquiera por animar al jóven que comien-

za á subir los peldaños que conducen al templo de Talía.

El precio de una corona es el título que lleva este mi ensayo dramático, que voy á tener la honra, dentro de breves instantes, de leéros, y El precio de una corona necesita ser precedido, ántes de su aparicion aquí y en el estádio público, por breves frases que justifiquen su orígen y principio generador, porque, como dice muy bien mi amigo querido el Sr. de Loma y Corradi, «todo libro tiene su historia y su causa determinante, casi siempre tan inocente y tan trivial como la de los grandes sucesos históricos.»

¿No habeis sentido, amigos mios, algunas veces, allá en el cielo azul de vuestra alma, el paso misterioso de la fúlgida estrella de vuestros primeros ensueños infantiles, que quizás brilla con más esplendor en esos instantes de indefinible melancolia, en que gravita sobre el corazon el soplo helado de la edad que pasa? ¿No habeis percibido, en medio de la plácida armonía que en el silencio de la callada noche se escucha, esas voces y acentos misteriosos que traen quizás de ignoradas regiones

«recuerdos de las horas que pasaron,
suspiros del placer que se ha perdido»...?

¡Ah! yo tambien, tambien en cada vez que, atormentado por los fantasmas que el pesimismo de la mente crea, he pretendido volar, en alas de los ensueños del adolescente, á la mansion feliz de la esperanza, como cuadro tras óptico cristal, he visto agrandarse los colores caprichosos de mi primera edad y adquirir vida y movimiento las risueñas figuras de tan encantador paisaje...

Yo era un niño, muy niño... Mi frente no habia sentido quizás el paso suave de doce brisas de primaveras diversas; mi alma era tan pura, tan dichosa, qui ni la más leve sombra del más pequeño sufrimiento había empañado su refulgente brillo... ¡Cuán feliz era! Y yo cantaba, cantaba yá como cantan los tiernos pajarillos dentro del nido en que abrieron sus ojos á la luz del dia, cantaba cantos dulces y sencillos, llevado por mi amor al divino arte, amor que nació conmigo quizás al sentir en mi infantil cabeza el primer roce del aromoso aliento del beso maternal...

¿Lo recordais? Algunos años pasaron, y en una tarde en que se agrupaban, como aún hoy en dia, los agradecidos hijos de mi querida Lucentum, alrededor del mausoleo venerando que encierra las cenizas de aquel que, en álas de la Caridad, ascendió á la mansion de los mártires, por salvar á un pueblo que agonizaba; en una tarde en que muchos de vosotros tañisteis la bien pulsada lira en loor del inmortal Quijano; en esa tarde, (1) yo quise llevar mi ofrenda al altar alzado por la gratitud de mis paisanos, y quizás *la ignorancia*, nacida de mis pocos años, *me hizo atrevido*, como dice la frase, y canté ante el tabernáculo del amor de un pueblo, y ¡oh indulgencia nunca esperada ni merecida! el aplauso de la multitud resonó sobre mi frente, abriendo á mi imaginacion—¿por qué ocultarlo!—nuevas sendas floridas de esperanza, y los plácemes y abrazos de vosotros ¡oh amigos queridísimos! llegaron hasta mi alma despertando en ella—¿por qué no decirlo?—dulces ensueños de color de rosa...... ¡Ah!

---

(1) 15 Setiembre de 1875.

Lo recuerdo y lloro!.... Los dias que despues trascurrieron hubieran sido más gratos para mi alma que, para el paladar, la miel hiblea, si la nube de luto que amenazaba hacía ya tiempo el hogar de mis mayores, no hubiera descargado sus furias, en aquel entonces, arrebatando de mi lado á un ser para mí el más querido, al ángel del hogar, á la nunca bien llorada madre de mi vida..... ¡Ella, que habia unido sus sueños á los sueños del hijo de sus entrañas!.... ¡Pobre madre mia!....

Perdonadme, señores, este desahogo de mi corazon. ¡Es tan grato sufrir por quien se adora y evocar los recuerdos más queridos!....

Como comprendereis, desde mi primera aparicion en la República de las letras, mis aficiones literarias se agrandaron, se agrandaron, y lo que comenzó por ser mero instante de solaz para mi alma, llegó á convertirse en necesidad de mi corazon, en exigencia imperiosa de mi mente que si, hasta aquel entonces, tan solo como esparcimiento del espíritu habia lanzado sobre el papel sus impresiones y recuerdos, muy luego se enseñoreó de ella la pueril ilusion de alternar, como ser viviente, en el mundo literario. Y de este modo se hace evidente la actividad rítmica que se desplegó en mí; de éste modo se manifiesta que de mi pléctro brotáran las notas solemnes y entusiastas del himno patriótico, las juguetonas y sensuales de la anacreóntica, las sencillas y sentimentales de la endecha, las epigramáticas, las elegíacas, las eróticas, en una palabra, mi pléctro recorrió toda la gamma del artista, todas las cuerdas de la lira del poeta..... Y éste mi ensayo dramático, que voy á presentaros, vió su primer instante en este período de mi vida que yo

llamaría de *unidad*, puesto que *una* tan solo era la aspiracion de mi mente juvenil; y éste mi ensayo dramático, que há ya tiempo dí por terminado, dejó el espacio de la mente mia, impulsado por la irresistible tendencia creadora que dominaba sobre todas las partes de mi cerebro. Hay instantes, en la vida del hombre, que no tienen razon de ser, y son. El escribir un drama en aquella mi edad de niño, en la que tan solo pueden escucharse acentos dulces que descienden de la region etérea, aun para mí mísmo, era una utópia irrealizable, y sin embargo... ¡lo escribí! ¡Qué no hubiera hecho yó en aquel entonces, yó, que en medio de mi fiebre poética llegaba á verme cruzar el dintel del Parnaso!...

Hé aquí el orígen del libro que os presento, hé aquí su historia: no nació con fin determinado: lo escribí... por escribir.

El deseo que hoy me anima es dar á la estampa ésta mi primera produccion dramática: «los que escriben necesitan mantener su constante conversacion con el público, y así, en la intimidad de un periódico ó un libro, contarle con reserva lo que piensan, lo que cantan ó lo que creen.»

Pero no es ésta la única razon que me impulsa á dar al espacio de la publicidad éste mi libro. Aparte de que yo conozco cuán poco merece los honores de ser presentado en la escena española; aparte de que son sabidas por mí las vicisitudes porque tiene que atravesar el autor dramático, ántes de ver realizado su anhelo, y las amargas decepciones que ha de sufrir quien no tenga en cuenta aquello de

«El que á buen árbol se arri-
buena sombra le cobi-;»

aparte de ésto, hay un motivo suficiente para deci-

dirme á dar á la prensa EL PRECIO DE UNA CORONA. Impreso este libro, abrigo la conviccion de que, siquiera por complacerme, mis amigos,—ya que no por la bondad de la obra que no tiene valor alguno—aceptarán todos ellos,—mi amistad no me permite dudar de nadie—los ejemplares de mi ensayo dramático, y los aceptarán tanto más, cuanto sabrán que el producto líquido de la edicion se destina á un objeto benéfico, á un acto caritativo. ¡Permitidme que ya, desde este instante, envie á todos un sincero tributo de gratitud!

Nada me resta que añadir á las consideraciones que dejo apuntadas, y que he creido deber en mí el estamparlas: voy á terminar, amigos queridos, con una súplica.

Para presentar ante vosotros al más predilecto hijo de mi menguada fantasía, me basta únicamente la voz de mi amistad, que tan poco vale y que sin embargo no en vano llama siempre á vuestros pechos.

Pero cuando ya, saliendo de ésta esfera de cariño y benevolencia, pretendo dar entrada en la mansion social al pobre fruto de mi mente, ¿con qué títulos he de esperar que reciba acogida afectuosa, por parte de los moradores de tan dilatada vivienda? Vosotros, los que ya cruzásteis sus estensos salones, y alzásteis vuestra voz en sus festines y oisteis los aplausos con que os recibieron, ¿no tendereis la mano cariñosos para acompañar al hijo mio y presentarlo ante los habitadores del palacio social? Vosotros, poetas ilustres, que tan cariñosos y complacientes os habeis mostrado siempre con vuestro jóven amigo, ¿no querreis dispensarme tamaña merced, que tanto place á mi alma como honrará

muy luego á mi ensayo dramático? Dudar en ésta ocasion sería inferir una ofensa á la bien probada amistad con que me distinguís. ¡Sea, pues, alguno de vosotros, el áncora de salvacion para que no zozobre, tan pronto como nazca en el mundo de las letras, el insignificante poema dramático que voy á tener la satisfaccion de presentaros!

Feliz yó, amigos mios, si logro al terminar mi pesada lectura, escuchar una frase de indulgencia que recompensará sobradamente mis deseos! Feliz yo, veces mil, si anatematizando en mi trabajo como anatematizais todos vosotros, *la ambicion*, cáncer de la humana sociedad de todos tiempos, logro que os asocieis á mi delirio, siquiera por breves instantes, y mireis conmigo el mañana venturoso que en la mente mia contemplo! Feliz yo, si, mil y mil veces; por que soñando con vosotros sueños de progreso y fraternizacion universal; mirando, siquiera sea en el espejismo del sueño, el *más allá* deslumbrador de la vida del hombre; podremos escuchar el canto triunfal de las conquistas humanas que entonará el titan del siglo; podremos percibir entre el rojo matiz del valle en que resonáron los ecos del clarin guerrero, el verde tallo de la flor emblema de la esperanza y las amarillas trojes de la miés, simbolo de ventura y prosperidad; podremos oir los silbidos de las máquinas de vapor, y el ronco gemir de las locomotoras, confundidos con los eróticos y suaves himnos de los hijos de la fantasía; podremos ver caminar, en admirable consorcio, la fé de la Religion del Gólgotha y la antorcha explendente del siglo á cuyo fulgor el armiño es armiño y el lodo es lodo; y entonces elevaremos nuestro espíritu, en alas de su indefinido amor, hácia la

sublimidad, y oficiaremos en las divinas aras del Dios del progreso infinito, y quemaremos ante ellas la abundante y adormecedora mirra del conocimiento humano, que en ondulantes pirámides se elevará hácia lo inmortal, para descender desde allí sobre los mortales é inflamar sus corazones, preparados para recibir y retener tan bienhechora esencia!

Aceptad, señores, mi más sincero voto de gratitud y el cariñoso saludo de vuestro respetuoso amigo

José Mariano Milego.

Alicante, Febrero, 1879.



EL PRECIO DE UNA CORONA

ENSAYO DRAMÁTICO-HISTÓRICO.

LA AMBICION.

Á un monte una vez subí,
y de cansado me eché,
mas luego que lo bajé
de confiado caí.....
¡Déjame, *ambicion*, aquí
si he de vivir descansando!
¿Qué ganaré ambicionando
si, cuanto más suba, entiendo
que me he de cansar subiendo
y me he de caer bajando?....

R. de Campoamor *(Doloras)*.



PERSONAJES DEL DRAMA.

Doña Leonor de Navarra.
Doña Blanca de Navarra.
Micaela (dueña).
Beatriz (idem).
Don Gaston, Conde de Fox.
Don Enrique IV, Rey de Castilla.
Don Beltran de la Cueva.
Guillen (escudero).

Fortun, Rodrigo, Heraldo 1.°, Heraldo 2.°, Fernando, otros escuderos y pajes, gentes de armas, etc., etc.

La accion en Navarra.—Siglo XV.



ACTO PRIMERO.

El teatro representa un aposento de la torre de Ortez. Puerta practicable en el foro.—A la izquierda del espectador una ventana. (1)—Á la derecha una mesa con dos sillas condales.—Al levantarse el telon, aparecerán los escuderos Guillen, Rodrigo, Fortun y Fernando. El primero figurará como que sigue contando una historia que comenzó á relatar momentos antes.

ESCENA I.

Guillen, Rodrigo, Fortun y Fernando.

GUILL. ¿Dudais de lo que digo? Pues no cuento.
FORT.. Anda, Guillen, no escuches al menguado.
FERN.. Sigue, sigue, pardiez!
RODRI. Bien, no lo dudo.
GUILL. Entonces, seguiré: Nos encontramos—
como decía—con la horrible vieja...
RODRI. ¿Vieja dijiste!... Pues entonces ¡diablo
ha de haber en el cuento!
GUILL. ¡Qué enojoso!
(incomodado.)
FORT.. ¿Quieres no interrumpirle, mal criado?
GUILL. Haya paz, haya paz, sinó concluyo.
Al ver que mi señor—sigo el relato—
hablaba con la vieja de tal modo
y dinero le daba, yo, escamado,

(1) En lo sucesivo, siempre que se diga IZQUIERDA ó DERECHA se referirá á la del espectador.

dije para el coleto: me parece
que ésto no es natural, ha de haber algo;
y me acerqué un poquito... y otro poco...

RODRI. ¡Curiosillo! *(Sonriendo.)*

FORT.. ¡Caramba, qué muchacho!

RODRI. ¿De qué hablaban?

GUILL. Verás: la horrible vieja
decia á mi señor: «perded cuidado
que *la sortija* es buena y arreglada
por el judío Habráam.» Decía mi amo:
«¿la muerte es instantánea?» «Tan solo—
repetía la vieja, señalando
el dedo corazon—unos minutos
si en éste la poneis...»

RODRI. Guillen, no paso
tan enorme mentira.

GUILL. Conque miento?

FORT.. ¿Miente Guillen!

FERN.. ¡Qué miente? ¡Habrá villano!

RODRI. Yó no digo que mienta nuestro amigo;
quiero decir, que lo que cuenta es falso.

GUILL. ¿Cómo falso, pilluelo?...

RODRI. No te enfades:
quiero decir, que me parece raro
que una sortija mate, y que no creo...

GUILL. ¿Y si tiene el brillante envenenado?
(Muestras de asentimiento en los otros escuderos).

RODRI. Entónces... pero cómo?

GUILL. Cómo? Mira:
la sortija, que es causa del relato,
muestra un brillante hueco, que contiene
uno de los venenos más nombrados,
que dá una muerte pronta y muy segura.
Además... yó no sé cómo explicarlo;
pero es lo cierto que, aunque suavemente
se toque ese brillante condenado,
por la parte interior sale una punta

muy pequeñita, fina, agudo dardo
que se clava en el dedo, y que produce
la muerte, sin remedio... ¡De contarlo,
tan solo, me estremezco! Si la viérais,
pensárais que es mentira mi relato,
porque ni se conoce, ni se puede
creér que tal secreto está guardado.
¿Te convenciste ya? (*á Rodrigo*).

RODRI. Sí; pero ¿cómo
poder ese veneno aprovecharlo
sin que en sospechas éntre?...

GUILL. No termines,
eso es cosa de ingénio: concluyamos.
Cuando yá mi señor... (*Aparece Beatriz*).

FERN.. Guillen, la Dueña.

ESCENA II.

Dichos, y la Dueña Beatriz, que se dirige hácia donde está Guillen.

BEAT.. A solas un momento quiero hablaros,
buen Guillen.

GUILL. ¡Vaya en gracia! Tú, Rodrigo,
vé al momento á cumplir lo que tratamos,
Fortun, no te se olvide la consigna,
esta noche hablaremos. Vé, Fernando,
con Rodrigo.

RODRI. ¡Sinó!... (*Como amenazando, lo mismo que sus compañeros, al punto de salir, á la dueña*).

FORT.. ¡Maldita Dueña!

FERN.. Vieja, bruja! (*vanse*).

BEAT.. ¡Jesús, qué deslenguados! (*persignándose*).

ESCENA III.

Beatriz y Guillen.

GUILL. Ya estamos solos, Beatriz,
y hablar podeis por lo tanto.
BEAT.. Guillen, mi señora Blanca
de tu proceder hidalgo
desea la última prueba...
GUILL. ¿Otra carta á Enrique Cuarto?
BEAT.. Sí, Guillen; la pobre sufre
y padece tánto, ¡tánto!
GUILL. Bien, Beatriz, dadme el escrito.
(*Saca la Dueña un pergamino que entrega al escudero y éste lo toma*).
(¡Ay, Dios! me quema las manos!) (*Aparte*).
BEAT.. Tomad. (*Ofreciendo á Guillen un bolso con dinero*).
Mi señora os manda
ésta ofrenda, éste regalo,
como un recuerdo tan solo
de su gratitud.
GUILL. (*Rehusando*) Villano
fuera, sí, mi proceder
si lo aceptára. Guardadlo,
y decidle á Doña Blanca
que un pobre escudero, anciano,
no quiere más recompensa
que sus bondades; que la amo
como se ama á Dios, y solo
mi sangre puede probarlo,
que la daría gustoso
por ella.
BEAT.. Pero aceptadlo,
sino quereis para vos,

como ofrenda á vuestro hermano
el paje del rey Enrique...

GUILL. No, Beatriz, que él no es comprado
por mí, sino que es adicto
á vuestra señora .

BEAT.. Vamos,
ya que no quereis, que llegue
la bendicion del Dios Santo
sobre vuestra frente noble.....
¡Que os guarde Dios! (*vase por el foro*)

ESCENA IV.

Guillen solo, (*pausa.*)

¡Fuego fátuo,
el que arde en mi corazon
por tan noble dama! Valgo
bien poco, cuando no aspiro
á esa muerte que brindando
me está el conde, si éstas cartas
llegan del rey á las manos...
Ah! pensar que yo, tan fiel,
á Doña Blanca engañando
estoy, á la que es mi reina...
pero ¡ay! que un asesinato
horrible, sobre mi vida
pesa... si... ¡delirio insano!
¡Yo convertido en juguete
de un crímen... ¡soy un malvado!...
(*Pausa. Guillen oprime su frente con entrambas manos*).
Aun parece que en mi oido
se repite el eco ingrato
de la voz del Conde, que
me dice: «Sé que has llevado
un escrito al rey Enrique...

¡ay de tí! si, continuando
siendo mensajero, vuelves
á cumplir esos encargos;
porque entonces tú, cual cómplice
del crímen que al gran Don Cárlos
de Viana dió la muerte,
ante su pueblo irritado
morirás...» ¡Ay, me estremezco!
Desde entonces yo, entregando
al Conde de Fox las cartas
de mi señora, me hallo
presa del rudo martirio
de quien no cumple el mandato
de un ángel... (*mirando al foro*)
¡ah, la condesa!
¡qué horrible muger! ¡qué escarnio!

ESCENA V.

Doña Leonor de Navarra, Micaela y Guillen. La primera entra en escena, demostrando continuar la conversacion que ha emprendido con su Dueña momentos antes.

LEO.... ¿Luego, además de la carta
que te dió, Nuño te dijo....?
MIC.... Que su señor, Don Beltran,
sacará el mayor partido
que pueda, para venir
con el rey.
LEO.... (Ah! ya es preciso (*Aparte*)
obrar con resolucion.)
Guillen, dí al Conde que ansío (*Alto*)
en éste mismo aposento
verle al instante. (*Váse Guillen.*)

ESCENA VI.

Doña Leonor y Micaela. Durante toda ésta escena Doña Leonor debe aparecer como muy preocupada y abismada en profundos pensamientos.

Mic.... Yo digo,
mi señora, que no augura
nada bueno, ese cumplido
de la venida de un rey
á visitaros: lo he dicho
toda mi vida, señora.....
Leo.... ¡Callarás, dueña! (*Enojada.*)
Mic.... ¡Dios mio!
En qué he podido ofenderos?
Leo.... (Sí; mi esposo es cual un niño.... (*Aparte*)
es voluble en demasía....
callaré, porque si el hilo
de éste mi plan se rompiera....
disimular es preciso.
Ni le diré que el rey viene,
ni que es Beltran yá mi amigo,
porque es capaz de querer
perderlo todo).
Mic.... (Bendito (*Aparte*)
mil veces Dios, si no hay
aquí algun enredo.... ¡digo!
¿A mí querer ocultarme
éstas cosas! ¡Si las pillo
al vuelo! ¡Si soy ya ducha
en materia de amoríos!...)
Señora, qué, no quereis?... (*alto*)
Leo.... Dejadme, dueña, os lo pido
por lo que querais!
Mic.... Me callo.

(¡Ay, pobre Conde, amo mio! (*Aparte*)
¡Cuán voluble es la mujer!)

LEO.... (Sí, veré si yo le animo (*Aparte*)
con mis palabras, si logro
tornarle la fé y el brio;
que una vez que le contemple
más entusiasta y altivo,
yó le explicaré mi plan
y le haré ver mis designios.
¡No haya temor! pues la lucha
se prepara, y el peligro
crece cuanto más se acerca
el instante, con tranquilo
aspecto quiero encontrarlo.)

MIC.... Señora, al Conde distingo (*mirando al foro*)

LEO.... Retírate, pues.

MIC.... (No hay duda: (*Aparte*)
¡pobre conde! ¡qué amoríos!
(*Ya desde la puerta mirando á Doña Leonor, como amenazándola*):
mucho cuidado, señora,
que yo muy pronto abro el pico). (*Vase*)

ESCENA VII.

Doña Leonor y Don Gaston (Conde de Fox). El actor encargado de éste personaje debe revestirse de un carácter frio y melancólico, tanto en ésta escena como en las demás, á escepcion de esos instantes en que la naturaleza de ciertos parlamentos exige de la voz y modo de accionar del actor más energía, entusiasmo, fogosidad, dulzura etc., etc. Procúrese estudiar detenidamente éste importante personaje.

GAST... Leonor, cumpliendo tus órdenes
hácia tu lado he venido.

LEO.... No mis órdenes, mis ruegos. (*Con afabilidad*)

GAST... ¿Qué me quieres?
LEO.... ¡Ah! tranquilo (*Sonriendo*)
descansa breves instantes
aquí á mi lado, bien mio.
(*Siéntanse en las dos sillas. Pausa*).
Gaston, ¿por qué la tristeza
puebla tu faz y suspiras?
¿Por qué del pesar las piras
amontona tu cabeza?
¿Por qué no entreabres los ojos
y en sus pupilas radiantes
reflejas los rutilantes
ensueños?
GAST.. Leonor, enojos
me causan los desengaños
que en este mundo he sufrido,
y mi esperanza se ha undido
con el peso de los años.
Yo no sé lo que hay en mí
que me asusta, me amedrenta,
y hasta mi alma no alienta
si no está cerca de tí.....
Escucha: tu padre Juan,
rey de Navarra, me dijo:
«Conde, combate á mi hijo
Cárlos y calma tu afan.
Calma tu afan insaciable
de poder, honor y gloria;
cuando alcances la victoria,
que es victoria inevitable,
te nombraré mi heredero,
serás rey, duque.....» Leonor,
dió mas vida al grande ardor
que siento aquí.... (*oprimiendo la frente*).
LEO.... Considero
tu afan y que....
GAST.. Calla, calla. (*bruscamente*)

—Perdona, Leonor querida.—(*con dulzura*)
Sentí en mi ser nueva vida
y me lancé á la batalla,
y á tu hermano combatí,
y la victoria alcancé,
y en recompensa, encontré
la amarga hiel que bebí.
Hice mas: yo, confiado
en porvenir tan hermoso,
bajo el sueño vaporoso
de mirarme coronado,
uniéndome á doña Juana,
tu madrastra, fasciné
á tu padre, y me vengué
del buen Cárlos de Viana.
Pues.... oye.... que no te aflija
ni tu corazon taladre,
mató á D. Cárlos.... tu padre,
el suyo, con *la sortija*....

LEO.... ¡Cielos! (*Levantándose y retrocediendo.*)
GAST... Sí.... Leonor....
LEO.... (*Transicion*) Y qué?
Del delito no me asombro,
ya ves cuán fria lo nombro....
¡Si yo misma cooperé!
(*Dejando entrever una sonrisa leve*)
GAST... Ah! imposible.... (*retrocede, dudando*)
LEO.... (*Con naturalidad*) La sortija
por mi mano se entregaba.
GAST... ¡Tú!...
LEO.... Mi padre lo mandaba
y yo cumplí como hija.
GAST... ¡Ah! tu frialdad me aterra!...
LEO.... ¡Permíteme que me asombre!
(*Con cierta sonrisa irónica*)
¿Y tú eres hombre, eres hombre
de esos que llaman *de guerra?*

¡Bá, bá, Gaston, pequeñeces!
Escrúpulos abandona,
y piensa en esa corona
que has soñado tantas veces.
Sueña en tu gloria y grandeza,
en tu honor y poderío, (*con entusiasmo*)
tú rey, tú rey, Gaston mio,
yo la soberana alteza.
Tú domeñando en los mares,
Duque de Nemours... no cejes,
hasta que tu nombre dejes
de la gloria en los altares.

GAST... Sí, Leonor, sigue...
(*Como quien escucha con complacencia suma y con entusiasmo.*)

LEO.... (*Con energía*) Y blandiendo
tu espada, siempre triunfando,
irás el lauro alcanzando,
nuestro nombre repitiendo....
¿Ves el Sol que el horizonte
con sus reflejos colora?
Pues á la noche traidora
sepulta tras de ese monte.
¿Ves la estension de ese mar
cual lago de azul y plata?
Pues ruge airado, arrebata
la nao que le vá á surcar.
¿Oyes el dulce concierto
del céfiro en la espesura?
Cuanto aquí amores murmura
tanto es ronco en el desierto.
Porque es ley, y como ley
se ha de cumplir y acatar:
hoy, esclavo, has de luchar;
mañana, si vences, rey.
Y si es un sueño la vida
y el hombre sueña, y no alcanza

lo que muestra la esperanza
que á un más allá nos convida;
si sueños las glorias son,
luchemos y triunfaremos,
y si soñamos.... soñemos
que no soñamos, Gaston.

GAST... Bendita seas, bendita,
tú que compartes mi sueño:
soy grande, y era pequeño
con la esperanza marchita.
Era un átomo impalpable,
y por tí siento nacer
un noble aliento en mi ser
que toca lo irrealizable!

LEO.... ¡Gaston!.... (*Con ternura*).

GAST... Sí.... Cuente el futuro
las glorias de mi existencia,
caminemos sin conciencia
por éste puerto inseguro.
Y, pues me empuja el destino,
ántes que llegue al ocaso,
yo dejaré tras mi paso
las huellas de mi camino,
Seré horrendo leviatan
que ruja y arrase el suelo;
seré montaña de hielo
donde se calme mi afan;
seré leon que al rugir,
se estremezca la campiña;
seré quien de rojo tiña
las montañas de zafir...
No la palabra perdon
calmará mi sed de gloria,
y así escribirá la historia
las grandezas de Gaston.

LEO.... Bien, Conde, no desfallezca
tu brío y tu noble aliento.

GAST... Nunca; que acabe el tormento:
¡si está escrito, que perezca!
Oye, Leonor, un instante:
vé por tu hermana, y con ella
vuelve aquí, porque mi estrella
me anuncia siga adelante
en el plan que aquí en la mente
hace tiempo que he fraguado...
Tus palabras han tornado
á mi pecho el aliciente
de un trono, de una corona.
LEO.... (¡Se vió mi anhelo cumplido!) (*Aparte*).
GAST... ¿Sabes la trama que he urdido?...
mi grande ambicion pregona.
LEO.... Lo presumo, mi Gaston,
pues comprende que he indicado
mil veces, lo que has dejado
de hacer por tu corazon.
Las cartas...
GAST... Sí, el fingimiento,
la amenaza, y *la sortija*
si así no fuera, que es hija
mi ambicion del pensamiento,
y en él no cabe ternura,
ni compasion ni flaqueza...
¡Donde el pensamiento empieza,
allí empieza la locura!
Vé, sí, por Blanca, tu esposo
se identifica en tu anhelo...
(*Transicion, quedando despues muy pensativo*).
(¡Que no nos maldiga el cielo!) (*Aparte*).
LEO.... En tí cifro mi reposo:
no decaiga tu ilusion
ni tu esperanza prolija.
GAST... No... calla... (*apartando á Leonor*).
(¡Que no me exija (*Aparte*).
más lucha mi corazon!)

LEO.... Voy por Blanca.
GAST... No demores
tu vuelta.
LEO.... Vuelvo enseguida.
GAST... Ve que te llevas mi vida... (*Vase Leonor*).

ESCENA VIII.

Don Gaston, y poco despues Guillen.

GAST... Ah! corazon, no deplores
mis flaquezas... (P*ausa*).
Está bien...
Veamos: ¡hola, Guillen!
GUILL. Señor! (*dentro*).
(*Á poco rato aparece Guillen, que quedará junto al foro, y no es advertida por Gaston la entrada del escudero, hasta que éste le dirige la palabra, segun el diálogo lo indica*).
GAST... (Me espanta la idea (*hablando consigo mismo*).
de un crímen... más que así sea,
pues ¿quién pierde un trono, quién?...
. . . .
Yo mismo me desconozco.
Yo, soldado que á la muerte
le dí horror... Mi pecho advierte
que su valor no conozco...
¡Pero un crímen!... (P*ausa*).
Me dá miedo
esa muger... ¡y es mi esposa!
Siento en mí... no sé qué cosa
que me aturde...)
GUILL. Señor, puedo
retirarme.
GAST... No, Guillen.
Qué hay de nuevo?

GUILL. Señor Conde!...
GAST... Fuera rodeos: responde.
GUILL. Tengo una carta.
GAST... De quién?...
GUILL. De mi señora...
GAST... Será?...
GUILL. Para el rey Enrique.
GAST... Dame.
GUILL. Señor. . (¡Pero esto es infame!) (*Aparte*).
GAST... La carta pronto.
GUILL. Aquí está (*dá al conde una carta*).
GAST... Retírate. (*Vase Guillen*).

ESCENA IX.

D. Gaston.

¡Qué escudero!
Aunque adicto á su señora,
por miedo á una infausta hora
me sirve bien....
(*Pausa.—Gaston habrá estado examinando la carta de Doña Blanca, y despues de éste momento de contemplacion, sonríe amargamente y prorumpe*):
Ah! ¿qué espero
viendo estos rasgos queridos
que trazó nacárea mano,
cuando á Enrique el Castellano,
y no á mí, van dirigidos....
. . . . (*guarda la carta*)
Nunca pude comprender,
ni lo pretendí alcanzar,
qué és lo que puede encerrar
el alma de una muger...
Blanca mi empeño provoca:
ella ha sido repudiada,

y aun la miro enamorada...
¡Ó es una santa, ó es loca!...

. . . .

Ay! que se agolpa en mi mente
de recuerdos todo un mundo...
¡Soy náufrago moribundo
que allá la playa presiente!
Recuerdos de mi niñez,
besos de la madre mía,
horas de santa alegría
que ya pasáron tal vez...
¡Pasáron! Blanca adorada,
pasáron ya mis amores...
¿Por qué no viven las flores
mas que una breve jornada?...
Blanca, de mi juventud
fuiste la mágica estrella...
¡Cuán bella estabas, cuán bella!...
¡Horas de dulce quietud!... (*solloza*).

. . . .

. . . .

Lloro? No sé... (*Lleva las manos á los ojos*).
Sí que lloro,
porque aun Blanca me enamora
y cuando está en mi presencia
mi corazon se alboroza,
como se alegran las flores
cuando las besa la aurora!...
Ah! yo la amo... ¡aun la amo!
y su amor hasta me roba
el sueño que alberga el alma,
el sueño de una corona...
¡Blanca, Blanca! ¿Y he de ser
tu verdugo?... Me devora
esta idea, cielo santo!...
¡Siento en mí dura zozobra!...

. . . .

Yo le hablaré: le haré ver
la verdad aterradora
de su situacion, y luego
le pintaré la horrorosa
pasion... ¿mas y mi esperanza?...
Maldita ambicion, que soplas
é impulsas la nave humana
sobre el mar de las congojas,
hasta que al fin se vá á fondo
cuando con la muerte choca!...
Ah! mi mente delirante
sostiene lucha enojosa
con los ensueños del alma...
¡No pienses más, mente loca!
. . . .
Mas sí, sueña, desvaría,
que aspire la mente mía
¡oh ambicion! tu dulce aliento,
que no hay más grande tormento
que una existencia sombría!...
(P*ausa.*—C*omo reconcentrándose en sus múltiples pensamientos, y hablándose á sí mismo, dirá el actor el final de este parlamento).*
«Á un monte una vez subí,»
y en su cumbre me senté,
y, al sentarme, prorumpí:
¿qué hubiera sido de mí
sin la esperanza y la fé?
Hoy, por fin, logro alcanzar
la alta montaña escalar...
¡Termine, pues, mi jornada!
Ya distingue la mirada
el cielo, el campo y el mar!...
. . . .
Ay! aprende, corazon,
no destruyas mi ilusion,
que, si hoy la cumbre no toco,

poco á poco, poco á poco,
se colmará mi ambicion.
Aprende lo que hay que hacer
para la cumbre alcanzar;
caminar, y padecer,
ir despacio y no caer,
soñar, sufrir, y esperar!

ESCENA X.

Doña Leonor, Doña Blanca y Don Gaston.

LEO.... Pasad, hermana. (*á Doña Blanca*).
(*á D. Gaston*). Gaston.
GAST... (¡Qué celestial ilusion!) (A*parte*)
Doña Blanca! (*saludando*)
BLAN.. Señor Conde! (*idem*)
GAST... (Retírate). (*Aparte á Leonor*)
(¡Cuál responde (*Aparte*)
mi mente á mi corazon!)
(*Saluda Leonor á Doña Blanca y váse por el foro*).

ESCENA XI.

Doña Blanca y Don Gaston.

GAST... Señora, prefiero, pues solos quedamos,
hablar con franqueza, si os place.
BLAN.. Sí tal,
pues siento en el alma de hipócrita el velo
ceñir en mi frente cubriendo la faz.
Asi, pues, si el conde me indica el asunto...
GAST.. Tomemos asiento
BLAN.. Como vos gusteis (*se sientan*)
GAST... (¡La Vírgen me asista!) (*Aparte*)
BLAN.. (Que Dios me proteja!) (*Aparte*)
GAST... Señora, muy breve, muy breve seré. (P*ausa*)

Mentar no deseo sucesos pasados,
que nunca es bien quisto quien hace sufrir,
y más cuando un ángel, cual vos, no culpable,
envuelto se mira por sino infeliz.

BLAN.. Gaston, agradezco palabra y lisonja.

GAST... Muy justa es la frase que dijo mi voz...

BLAN.. Bondad!... (*sonriendo dulcemente*)

GAST... Perdonadme si anudo el relato,
ya apremia la hora y...

BLAN.. Seguid, Gaston.

GAST... Decía que es triste mentar los recuerdos
que abruman el alma, que causan pesar;
por eso, señora, olvido el pasado...
la noche del tiempo sus sombras me dá.
Olvido, y tan solo recuerdo el presente,
y os veo en su fondo sombrío lucir,
y sigo los pasos que dais y os contemplo,
señora, en mi mente...

BLAN.. (¡Ay; triste de mí!)
(*Aparte*)

GAST... Por eso no ignoro que allá en Roncesvalles
protesta firmada supisteis dejar...

BLAN.. Señor!...

GAST... Lo sé todo: que anula el renuncio
de derechos que alcanza la enseña real.
Tambien, hace poco donasteis el reino
en acta *inter vivos* á Enrique...

BLAN.. (*Alzándose como sorprendida*) Sabeis...?

GAST... Sentáos, señora: al rey Castellano
que fué vuestro esposo, y que hoy no lo és.
Tambien sé que auxilio pedisteis, é ignoro
qué causas motivan tan triste actitud;
por eso, al pediros momentos de audiencia,
tan solo deseo me deis una luz
que pueda mostrarme las sombras que envuelven,
cual nubes de luto, el mágico albor
de vida tan grata, de pecho tan noble,

señora...
BLAN.. Escuchadme, ¡oh Conde de Fox!
Cual pobre palmera que allá en el desierto
muy sola, muy triste, la vemos doblar
sus ramas, que gimen marchitas y secas
merced al impulso de horrendo huracan;
cual voz que, entre brumas de penas se pierde
y es solo un murmurio de lento sufrir,
y sola... y más sola... no escucha que un eco
repita amoroso su acento infeliz.
Cual tórtola viuda que gime en su cárcel
y exhala un gemido de dulce afliccion
y sufre y padece, con canto agorero
diciendo: imposible vivir sin amor!
Así mi existencia se pierde en la nada,
sin madre que endulce mi vida cruel;
sin padre, pues padre que no ama á sus hijos
no es padre, no debe tal nombre tener.
Sin deudos ni amigos que calmen mi llanto,
sufriendo la herida de horrible horfandad,
de mí viendo en torno la envidia que anhela
quitar de mi frente la enseña real...
GAST... Señora!
BLAN.. Un instante: perdon si os ofendo.—
¿No veis esas nubes plomizas surgir
del antro profundo dó vive la noche?
¿No veis cómo apagan la luz?... Pues oid.
Las sombras del ódio que envuelven mi vida
pretenden cubrirme, borrar mi fulgor,
y temo... y vacilo... pues siento la muerte
que tétrica, lívida, avanza veloz...
Y espero que llegue... y en torno la miro...
y alumbra mis pasos su pálida luz...
Decid, pues, ¡oh Conde! si es justo que sufra,
decid, pues, si es justa mi triste actitud!...
(*Queda sollozando breves instantes*)
GAST... (¿Por qué me conmueve su voz? ¿Por qué siento

nacer en mi alma celeste piedad!) (*Aparte*)

BLAN.. (¡Dios mio!) (*Ap.*) Por eso, Gaston, he donado,
viviendo, mi trono, mi enseña real.
Por eso al que tiene mi amor y mi vida,
á Enrique, mi esposo, borrando de mí
que fuí repudiada, le entrego mi reino,
le doy mis estados...

GAST... Señora! (*se levanta*)

BLAN.. (*levantándose*). Decid,
decid si es posible que, amando cual amo,
no pida, no anhele, no quiera el amor
del sér que levanta fantástico templo,
en mi alma, de dicha, de fé, de ilusion!

GAST... Oh, Blanca! escuchadme. (Su voz me conmueve,
su amor me fascina!) (*Aparte*)
Señora, sabeis (*alto*)
que gusto, en un todo, de hablar con franqueza.

BLAN.. Ya vísteis...

GAST... Por eso muy franco seré.
(¡Valor pido al cielo!) (*Aparte*)

BLAN.. (Su voz me estremece!) (*Aparte*)

GAST... (Dios mio!..) (*Ap.*) Escuchando, señora, el metal
de acento suave que en dulce cadencia
saliendo del alma nos hace soñar;
oyendo el suspiro de un alma que sufre,
de esa alma, señora, que vos poseéis;
mirando esos ojos que entreabren un cielo
de dichas, de amores...

BLAN.. Gaston!

GAST... No sabré
decir lo que siente mi pecho, que sufre,
que encierra la pira de loca pasion,
mas sé que entre dudas se agita y padece,
que vive entre sombras que apagan su albor...
¿No visteis el ave que cruza el espacio
y anhela más alto, más alto volar,
y luego entre redes se agita y suspira,

suspira, pidiendo feliz libertad?
Pues mi alma es un ave que cruza el vacío
y anhela más alto, más alto subir,
dejando los lazos que el mundo le tiende
pidiendo una gloria que no encuentra aquí...
Y luego entre redes de hierro se agita,
le cercan los lazos de torpe ambicion,
del ódio mentido, y anhela esa gloria
que presta un suspiro de angélico amor...
¡Ah, si, Blanca hermosa! Mi vida no es vida,
que sólo es un cáos de horrenda ansiedad;
por eso, anhelante mi pecho, escuchando
las dulces cadencias de voz celestial,
leyendo en vuestra alma los cánticos suaves
de amores celestes, tras dulce fruicion,
señora, he sentido la llama divina
brotar en mi pecho... señora... el amor!

BLAN.. Amor! ¿Qué digisteis?

GAST... (*Postrándose ante Blanca*)
¡Oh, Blanca, sí!.... os amo
como en aquel tiempo de niño...

BLAN.. Callad,
callad y... y alzáos, que al veros creyera
que en hombres infames cupiera el amor.
(*Gaston va poco á poco levantándose y retrocediendo*).
Creyéra que es cierto que amor os cobija,
y entonces dudára que existe el amor;
creyéra que os falta la voz que nos dice
del fondo del pecho...

GAST.. Señora!

BLAN.. (*Acercándose á Gaston*) Gaston,
decidme que sueño, que es todo delirio,
que solo á mi hermana cariño debeis,
decidme que es todo ficcion de mi mente,
que sois buen esposo; pues yo olvidaré
que, aquí, en este sitio, rompisteis los lazos

eternos que os ligan...

GAST... *(Con voz suplicante)* No... Blanca, jamás,
¿que os diga que es sueño?... ¡Si os amo!

BLAN.. Imposible.
Ya basta... *(queriéndose marchar)*

GAST.. No... *(Interponiéndose entre ella y la puerta)*

BLAN.. Conde, dejadme marchar.
Dejad que os desprecie mi honor ofendido,
dejad que no empañe mi limpia virtud
vuestro hálito hediondo...

GAST.. Señora, yo os juro...

BLAN.. Silencio! *(disponiéndose á salir de escena)*

GAST.. *(Con apagada voz)* Por mí la sortija...

BLAN.. *(Retrocediendo cuando ya iba á cruzar el dintel de la puerta)* ¡Jesús!

GAST.. Que vengue el amor que me quema, señora,
que os tienda el sudario que vos me ofreceis...

BLAN.. Perdon!... *(Estremeciéndose)*

GAST.. ¡Perdonáros! *(sonrie amargamente)*
Perdon os pedia
mi pecho... este pecho que os supo querer;
mas ya que...

BLAN.. *(Irguiendo la cabeza)*
No temo la muerte. La esposa
del rey de Castilla la sabe esperar!...

GAST.. Pues bien, lo quisisteis... *(Cuando iba á lanzar á Doña Blanca el grito de amenaza, parece como que torna á sentir con más viveza la llama del amor, y arrojándose á las plantas de Doña Blanca prorumpe:)*
Perdon! ¡Si es que os amo!
Señora, escuchadme... queredme...

BLAN.. Jamás.
(Se oye el tañido de una campana).

ESCENA XII.

Dichos y Leonor que aparece en el foro.

BLAN.. Cielos!
GAST... ¡La campana suena!
LEO.... Bien, muy bien, dueño adorado...
(*Con cierta sonrisa sarcástica*)
GAST... (¡Mi esposa!)(*Ap.*) Leonor... (*con acento enojado*)
BLAN.. (Mi hermana!) (*Aparte*)
LEO.... Mientras que se están armando
los valientes escuderos,
su señor está postrado
cual conviene á su hidalguía...
BLAN.. Leonor!
GAST... Señora!...
LEO.... ¡Ah! (*sonriendo irónicamente*)
Vamos,
os interrumpí... lo siento.
GAST... Ved, señora, que faltando
estais con esa ironía
á vuestra hermana.
BLAN.. Rechazo
sus insultos, los desprecio,
porque tan solo mostrando
mi limpia frente, se rinde
la calumnia ante mi paso. (*Con dignidad*)
LEO.... La calumnia?... ¡Si lo he visto!
BLAN.. Y qué habeis visto? (*á Leonor*)
GAST.. (¡Insensato (*Aparte*)
de mí!) Leonor, Blanca, cesen
las palabras, los sarcásmos...
(*Se vuelve á oir el tañido de la campana*)
Pero esa campana?...

LEO.... Es
que el mensajero ha llegado.
CAST... ¿Qué mensajero!
LEO.... Un instante
hace que salió.
BLAN.. (Partamos) (*aparte*)
Me retiro... Conde! (*saludando*)
GAST.. Blanca!
LEO.... Señora! (*sonriendo*)
BLAN.. Ya lo he olvidado. (*vase*)

ESCENA XIII.

Leonor y Gaston.

LEO.... Conque es un crímen, Gaston, (*con energía*).
que *la sortija?...* (*marcando mucho la frase*)
GAST.. Calláos,
señora; decidme pronto
qué es del mensajero.
LEO.... (*Reprimiendo su enojo*) Estraño
que no llegue... ahí le teneis (*mira al foro*)
que él os entere.

ESCENA XIV.

Dichos, y Guillen, Fernando, Rodrigo, Fortun, Hombres de armas, Pajes, etc., ete.

FERN.. (*á Don Gaston*) Enviado
por la señora Condesa
para enterarme del caso
algo misterioso que
dos escuderos contaron,
de que, en San Juan, caballeros
y peones, bien armados,
hácia aquí se dirigían;

pude saber que no habláron
sin verdad, los que nos dieron
la noticia: ya enterado,
señor, os doy el aviso:
la gente del Castellano
rey hácia aquí se dirige...

GAST.. ¡El rey de Castilla?...

FERN.. Tanto
es así, que yo os respondo
con mi cabeza...

GAST.. (¡Qué amargo (*aparte*)
trance!) Está bien: estarémos,
cual conviene preparados...
(¡ah, qué sospecha!... si viene (*aparte*)
por Doña Blanca!...)

(*Los aludidos por el Conde deberán ir saliendo de la escena, lo mismo que los hombres de armas y pajes que lo harán en tiempo oportuno*).

Fernando,
suba el puente levadizo: (*vase Fernando*)
tú, Guillen, y tú, Gonzalo,
dad la señal, que se agrupe
nuestra mesnada en el pátio...
¡hola, Rodrigo, mi cota!
tú, Fortun, la espada y casco,
que hemos de salir sedientos
hasta el camino á buscarlos...
¿Quién osa al Conde de Fox,
rendir?... Ven, Enrique Cuarto,
que ántes que verte aquí dentro
mis blasones pisoteando,
ántes que mi nombre ilustre
se revuelque por el fango
de la derrota, te juro
que el castillo habrá volado!

(*Suenan clarines de guerra, y vánse los hombres*

de armas, pajes, etc., que aun quedaban en escena).

ESCENA XV.

Leonor y Gaston.

LEO.... Sí, ten aliento, Gaston;
mas ¿quién sabe si no estamos
de los intentos del rey
Enrique muy engañados?
GAST.. No lo quiera Dios, Leonor;
que haya guerra...
LEO.... Por qué?
GAST.. Vamos!
porque al venir como amigo
se lleva á Blanca... ¡qué escarnio!
y al llevársela, destruye
nuestra ilusion, el reinado...
LEO.... (¿Sospechará!...) (*Aparte*)
GAST.. Sí, Leonor...
que de sangre un occeáno
corra, ántes que mis sueños
de reinar hayan volado...
Pero ¿y si tu padre, el rey
de Navarra, no pensando
ó no queriendo pensar
en su promesa, le ha dado
su palabra al rey Enrique?
LEO.... ¿Por qué, Gaston, no vengarnos?
¿Por qué no hacer que se cumplan
mis ensueños?...
GAST.. (*aterrorizado*) (Ah, y yo la amo!...) (*Aparte*)
(*Despucs de una ligera pausa con voz apagada*)
Tienes razon... morirá...
Pasad, sombras, que enlutando
el firmamento de mi alma,

escarneceis mi entusiasmo...
(*Vá oscureciendo.—Gaston, como quien se halla presa del más calenturiento delirio, se dirige á la ventána, sonrie amargamente, y ante ella dice todo el siguiente parlamento*).

LEO.... Gaston! (*Con dulzura, como queriendo tornarle á la posesion de sí mismo*)

GAST.. Sí, mira cual flotan
esas nubes, cuyos rasgos
parecen visiones tristes
de algun pensamiento insano...
Las ves?... Cubrèn el cielo;
errantes van pasando
surgiendo, con la noche,
de un tenebroso antro...
Con calma misteriosa
la luz se vá apagando,
y hay secretos rumores
que siguen nuestros pasos...
Acércate... no temas... (*Leonor solloza*)
gimés? ¡á qué ocultarlo?
¡Cómo destroza tu alma
un recuerdo pasado!...
. . . .
Ven á mí... (*Cojiendo de la mano á Leonor y acercándola á la ventana*).
mira... mira
las sombras que, cruzando
el cielo, se amontonan...
las ves?... las ves?... «¡Su hermano!»
gritan esos espectros
tristes, que van pasando,
y aluden á tu crímen,
y hablan á mi pecado!...
(*Esconde su rostro entre las manos, despues de rechazar de su lado á Leonor.—Por el foro pasan hombres armados, escuderos, etc.*)

LEO.... No, Gaston mio, no, piensa en tu esposa...
(Acercándose á él con tierna solicitud)
mírame... torna en tí... se están armando...
responde...

GAST.. *(pasando por la frente la mano derecha)*
Yo soñaba?... ¡Era delirio?...
(suena un clarin)
¡el clarin!... ¡la señal! ¡Oh Enrique Cuarto!

LEO.... Gaston!

GAST.. Calla, Leonor, he de vencerle
pues viene á disputarme mi reinado...
(El rojo tinte del crepúsculo colora fantásticamente el aposento).
Crepúsculo que te alzas misterioso
y empiezas á tender tu rojo manto,
sé para mi ambicion dulce alborada,
para otro sér el eternal ocaso.
Sí, crepúsculo, sí, tus rojas nubes
envuelven un cadáver y un reinado,
en tu misterio lleva ese cadáver,
déjame la corona.......
¡Vamos... vamos!
(Rodrigo y Fortun aparecen en el foro trayendo las armas de D. Gaston).

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gran salon de estátuas de la torre de Ortez.—El Director de escena procurará darle una apariencia régia y distribuir, del mejor modo posible, las estátuas, panoplias, luces, etc.—Gran puerta practicable á la izquierda: ésta conduce al exterior de la torre. Á la derecha, y cerca del foro, otra puerta que dá á las habitaciones interiores. Trono condal á la derecha, junto al palco escénico: bajo del dosel tres sillas condales, y á su derecha é izquierda otras dos. Es de noche.—Al levantarse el telon, la dueña Micaela dormita y reza, sentada á la izquierda junto al proscenio. Los escuderos Guillen, Fernando, Rodrigo etc., ayudados por otros varios escuderos y pajes, se ocupan del arreglo del trono, luces, panoplias, etc. Deberán terminar sus faenas cuando el diálogo lo indica.

ESCENA I.

Micaela, Guillen, Rodrigo, Fortun, Fernando y otros vários criados y escuderos.

GUILL. ¡Si las paredes pudiesen
hablar!
RODRI. Guillen, qué dirian?
GUILL. ¡Grandes cosas!
RODRI. Cosas nuevas?
MIC.... ¡Calláos, por vida mía,
Siempre murmurando, siempre!
RODRI. Calle la dueña!...
FERN.. Qué vibora!
MIC.... ¡Mire el seor escudero!
GUILL. Silencio, vieja estantigua,
ó ¡voto vá! que no miro

los lustros que lleva encima!

MIC.... (¡Bachilleres! Ay! qué tiempos (*Aparte*)
alcanzamos, Virgen mia!)

FORT.. Qué murmura?

MIC.... No acostumbro
á dar cuenta de mi vida...
Seguid con vuestro trabajo.

RODRI. Pues cálle la vieja harpía!

GUILL. Basta yá; silencio todos. (*Pausa*)
Cuando pienso en la venida
del rey Enrique, la cólera
me ciega... ¡por vida mia!
qué te parece, Fortun?

FORT.. Tienes razon.

GUILL. Ah! magnífica
ocasion se presentaba
para darle una embestida
á las castellanas huestes...

FERN.. Buen chasco!

RODRI. Reboso en ira...
¡voto vá!

GUILL. Y en fin, señores,
no fué mala la partida;
pues no quisieron reñir
qué se le ha de hacer?

RODRI. Daria
cualquier cosa, por saber
en qué pensó la aguerrida
mesnada de nuestro Conde...

(Rodrigo que habrá estado ocupado en el arreglo de las luces del salon, retrocede atemorizado)

GUILL. Qué haces, Rodrigo?

RODRI. Que digan
lo que quieran, yo me voy
de este castillo...

GUILL. Por vida!
¡acabarás con tus cuentos!

Qué te pasa?

RODRI. Cosa chica!
Que sin saber cómo y cuándo,
las luces que yo encendidas
dejo, veo que se apagan
poco á poco... Mira, mira.
(*Se apagan algunas luces y todos atemorizados retroceden*)

GUILL. Alguna ráfaga de aire.

RODRI. Llega aquí el aire?

FORT.. No digas,
Guillen, yo temo suceda
alguna desgracia. Arriba,
hace un instante, me puse
á temblar...

GUILL. Cómo una niña?
Já, já!

FORT.. Te ries? Fernando
mis palabras atestigua:
él presenció...

GUILL. Pero qué?

FERN.. Que al poner en la capilla
de la Vírgen los dos cirios
acostumbrados, mentira
parece, mas vimos dos
lágrimas en las pupilas
de la Madre de Dios... (*asombro general*)

MIC.... Cielos!
Ay! la Vírgen que me asista!
Yo, tambien, entro en mi cuarto
—lo recuerdo estremecida—
y veo unas sombras grandes...
¡unas fantasmas!...

GUILL. Por vida!...
Supersticiosos, silencio:
basta ya de habladurías.

MIC.... Yo en sosiego ya no vivo.

FORT.. Yo tampoco.

RODRI. Yo, que sirvan
otros á los Condes...

FERN.. No,
Guillen, por más que nos digas
no me conformo...

GUILL. (*con gravedad*) ¡El cristiano
piensa en Dios, y en Dios confía!
(*Pausa.—Guillen queda durante unos instantes muy pensativo y cabizbajo*).
(Aunque parece no tema (*aparte*)
desgracia alguna y con risa
acojo lo que apellido
necedades, tambien cifra
mi alma en augurios sus sueños...
¡Vamos, parece mentira!...
Pero es que, cuando murió
el príncipe Cárlos, iban
sus parciales y escuderos
meditabundos... sentian
allá en el alma una voz...)

RODRI. Ya terminé.

FORT.. Yo enseguida
concluyo.

FERN.. Solo ésta espada
fáltame limpiar.
(*Micaela se habrá quedado dormida*)

GUILL. (*señalando á Micaela*) ¡Por vida
de nuestro señor!... La dueña
duerme que duerme en la silla!
He, bruja! (*rien todos los escuderos*)

MIC.... (*Despertando azorada*) ¡Jesús, Dios mío!
Qué atolondrados!

RODRI. Arriba,
que ya está el salon...

MIC.... (*Levantándose*) Decidme,
sabeis cuándo es la venida

del rey Enrique?
GUILL. No debe
tardar mucho.
MIC.... Pesadilla
me dá todo esto, porque
las sombras que ví... ¡ama mía!
GUILL. Silencio.
FERN.. (*Mirando á la derecha*) El Conde!
FORT.. (*idem*) Aquí llega.
MIC.... ¡Cuán cabizbajo!

ESCENA II.

Dichos, y D. Gaston precedido por dos pajes con antorchas que se retirarán tan luego como entre en escena el Conde.

GAST... (Me admira (*Aparte*)
tanta tristeza... parece
que ésta mi melancolía...)
Hola! ya está todo limpio?... (*mirando alrededor*)
GUILL. Señor!
GAST... La régia visita
no ha de tardar: id, al punto,
en busca de las precisas
vestimentas que requieren
éstos actos. (*Vánse todos ménos Micaela*)
Dueña, arriba
id, buscad á la Señora
que orando está en la capilla,
y decidla que la aguardo.
MIC.... Señor!... (Con qué ojos me mira! (*aparte*)
¡Dios me ampare y me proteja
la Santa Vírgen María! (*vase por la derecha*)

ESCENA III.

D. Gaston. (*pausa.*)

¡Cuánto la duda el pecho me punzaba!
Instante de esperanza y de agonía,
que á un tiempo las cadenas arrojaba
y á otro tiempo mi mano las cogía...
Un momento de fé se presentaba,
y otro instante de duda le seguia...
¡Fué un espejo del mundo mi tormento:
querer, dudar, sufrir en un momento! (*pausa*)
Y héme aquí con el pecho dolorido,
sintiendo el desengaño de la muerte,
cual el que, presa del terror, hundido
se mira en un abismo que no advierte...
¿Por qué, por qué en mi mal no he comprendido
que es la ambicion un foco que nos vierte
rayos de luz que envuelven y sofocan,
rayos de luz que abrasan cuanto tocan?
Terrible sino! Vergonzosa idea
la que asalta mi mente... ¡yo asesino!
Yo verdugo de un ser que mi alma orea
con su aroma, su encanto peregrino!...
¡Ay, mísero de mí! Maldito sea
mi destino fatal!... ¡duro destino!
Pero si late aquí la horrible llama
de alcanzar una gloria y una fama!...
(*Despues de unos instantes de pausa, el Conde, como reflexionando sobre lo que le rodea, reanuda su parlamento*).
Una audiencia me pide el Castellano
y una sospecha atroz mi pecho hiere...
¿llevarse á Blanca!... no... ¡delirio insano!
porque, al partir, mi amor, mi ambicion muere.

¿Quién sabe si está escrito que la mano
de Dios, que vela por el justo, quiere
castigar la ambicion que ya no cabe
en un alma tan pobre?... quién lo sabe?...

. . . .

¡Si está escrito, ha de ser! Vendrá el castigo;
pero ántes lucharé con la tormenta,
y el génio de Satan vendrá conmigo
y un alma le daré que infame alienta!...
¡Crepúsculo infernal! tus sombras sigo,
y aunque pasaste ya, ruje violenta
la noche, que le dice al alma mia:
¡Conmigo vá el crepúsculo del dia!...
Llegad, sombras, llegad... Cubra el secreto
de vuestro manto, la ambicion que impera
en mi mente; prestadme el amuleto
con que volais por la infinita esfera,
que yo, cual tigre que se lanza inquieto
desde el oscuro bosque á la pradera,
corriendo tras mi víctima, gozoso,
la valla del deber saltaré ansioso!...

. . . .

Mas ¿cómo he de llegar á ver mi anhelo
realizado, si siento allá en el alma
una voz que me grita: tú naciste
tan solo para amar!... ay!...
(*Guarda silencio de repente mirando á la derecha por donde aparece Leonor, acompañada por dos pajes, con antorchas encendidas, que se retiran en tiempo oportuno*).

ESCENA IV.

Doña Leonor y Don Gaston.

LEO.... Me esperabas?
GAST... Con impaciencia, porque sufro.

LEO.... (*Con afabilidad*) Dime,
¡ya el desaliento tu ilusion empaña?...
¿Por qué no sientes la alhagüeña dicha
y el arrullo feliz de la esperanza?
¿Por qué, cuando el azul del firmamento
se cubre con las tintas sonrosadas,
miras tu alrededor negro y sombrío
y no sueñas quizás en *un mañana?*
¿No tienes en tu pecho esa bravura
que «¡alienta, vive!» grítale á tu alma?...

GAST... Leonor, viene el otoño con sus cierzos
y al campo quita el manto de esmeralda!

LEO.... Es verdad, mi Gaston, mas luego llegan,
tras del invierno, las vitales auras,
y otra vez á los campos fecundizan,
y otra vez los encantos se propagan...
¿No has oido gemir al arroyuelo,
cuando entre el cieno vé sus linfas claras
que azota el huracan? Pues luego vuelve
á murmurar un cántico de gracias,
recogiendo el aroma de las flores
que las orillas de su cáuce esmaltan.
¿No has visto cómo el cielo se estremece
y se muestra la bóveda enlutada,
y ruje el huracan, y zumba el trueno,
y se cierne la nube de desgracia?...
Pues luego luce el sol, y la tormenta
desparece, y las nubes agrisadas
se amontonan, se pierden, y descubren
un cielo azul que augura feliz calma.
No has visto?...

GAST.. Sí, Leonor; pero una mano
suprema, omnipotente, grande, manda
con la flor, el arroyo, el firmamento,
y les guía á través de la borrasca...
Pero ¡ay! que mi ambicion no tiene apoyo,
¡por que Dios la maldice!...

LEO.... Gaston, calla...
escúchame un instante: yo sentía
pena cual tú hace poco; es más, pensaba
como tú piensas; y dudé un momento
de mi fé, de tu amor...

GAST.. Leonor!

LEO.... Aguarda:
trémula, vacilante, dirigíme
ante el altar de nuestra Vírgen santa,
y... escucha... ¡no recé! pues mi tristeza
todo un cáos sombrío me mostraba.
Maldije mi destino, mi desvelo,
maldije de mi amor...

(*muestras de asombro en Gaston*)

Sí... de mi hermana,
y apostrofé á los cielos, y sentía
en mi pecho el placer de la venganza...
(*Con un acento claro-oscuro, que solo el talento de la actriz puede adivinar*).
Y era la hora en que el misterio cruza
el ámbito del mundo, y en que vagan
imágenes terribles que fascinan...
¡la hora de la oracion, de los fantasmas!...
Rumores quejumbrosos, plañideros,
la muerte de la luz acompañaban...
y allá en el éter la vision nocturna
descubría su faz, medrosa, pálida...
. . . .
Sentí miedo... escuché...
solo un murmullo
del viento que gemía en la enramada...
murmullo que tornóse en canto triste,
y canto que me dijo éstas palabras:
Si esa noche, que puebla de tristura
el cielo azul de la ilusion del alma,
dió á tus amores sepulcral silencio
y mató tu ambicion y bienandanza;

¿por qué, cuando sus sombras te rodean,
no has de elevar á Dios una plegaria?...

. . . .

Reza: dá la oracion... ¡Ay, del que pierde
el amor y la fé con la esperanza!...

GAST.. Sí, Leonor, sí... (*como sintiéndose reanimado*)
LEO.... La voz de la Natura
perdióse en el vacío... y yo rezaba...
y sentí nueva vida, nuevo aliento,
nueva ilusion que evaporó mis lágrimas.
Por todas partes sin cesar oía:
¡piense tu noble afan en un mañana!
(*Con creciente energía*)
Por eso, cuando vengo y te contemplo
sin la luz de la fé, de la esperanza,
¡Conde de Fox—te grito—de cobardes
es huir del peligro y la desgracia!
Alza tu frente, la victoria es tuya;
la noche es infernal mas la alborada
vendrá y, con ella, la feliz aurora
brindando dichas, recogiendo lágrimas!...
Gaston, conde de Fox, ten fé y aliento;
ya tu esposa á la lucha se prepara...
no ceje tu valor: «¡ay, del que pierda
el amor y la fé con la esperanza!»

GAST.. Leonor, permite que bese (*con entusiasmo*)
tus manos, deja que caiga
á tus piés y que bendiga
tu corazon... (*casi de rodillas ante Leonor*)
LEO.... Gaston, alza,
ven á mis brazos. (*lo abraza*)
(*Se oye el tañido récio de la campana de la torre*),
GAST... ¡Oh, cielos!
El rey Enrique... ¡oh desgracia!
LEO.... No te atormente la duda,
confía en mi amor... Que Blanca
rompa con el de Castilla,

y vencemos!

GAST.. Qué!

LEO.... Las cartas

que tienes...

GAST... Sí, sí, mi idea...

(Corazon, padece y calla!) (*aparte*)

Tu ambicion abre un camino

que Satán no imaginára...

¡Sigámosle, pues nos lleva

hasta el templo de la Fama!

(*Suenan clarines guerreros*).

ESCENA V.

Dichos y Guillen.

GUILL. Señor, segun la señal

del vigia, son llegadas

las huestes del rey Enrique.

LEO.... (Dios mio, que el cielo haga (*aparte*)

venga Beltran!)

GAST... Bien, Guillen,

corre, las gentes prepara,

y queden las instrucciones

que dí, cumplidas. Si se halla

dispuesta para asistir,

dí á tu señora la Intanta

que es precisa su presencia.

GUILL. Está bien, señor. (*vase*)

ESCENA VI.

Doña Leonor, Don Gaston y poco despues Doña Blanca. —Cruzarán la escena, saliendo por la puerta de la derecha y dirigiéndose á la que dá al patio, hombres de armas, pajes con antorchas etc. etc. Dos pajes se colocarán uno á cada lado del trono, sosteniendo, sobre preciosas bandejas, la corona condal y la divisa de los de Fox. Otros varios pajes y escuderes, éstos armados de todas armas y aquellos luciendo las dalmáticas del condado, pondránse en órden correlativo, á la puerta, cual guardia de honor, ostentando estandartes nobiliarios. — Mucha animacion.

GAST... (*á Leonor*) La farsa
comience, Leonor. Preciso
es que el disimulo valga,
que luego vendrá el albor
de mis ensueños.

LEO.... Mi hermana!
(*Entra Doña Blanca.*)

BLAN.. Conde, Leonor, ¿luego es cierta
de mi esposo la llegada?

LEO.... Sí, del que *fué* vuestro esposo...

BLAN.. Leonor! (*reconviniéndola cariñosamente*)

LEO... Miento?

BLAN.. (*aparte*) (¡Dios me valga!)

GAST... (Disimula) (*aparte á Leonor*)

BLAN.. (¡Santos cielos! (*aparte*)
¡Ay, la alegría me mata!)

ESCENA VII.

Dichos y Don Enrique IV de Castilla, Heraldo I, Heraldo II, Escuderos, pajes, gente de armas etc. etc.—Gaston, Leonor y Blanca ocuparán las tres sillas del trono. Los escuderos darán el golpe de alabarda, signo de distincion, á la entrada del rey Enrique.—Los clarines y campanas de la torre, sonarán hasta la entrada del rey.—A éste le precederán varios pajes con antorchas y los dos Heraldos, que ostentarán en el pecho el 1.° las armas de Navarra, y el 2.° las de Castilla, divisas que tambien llevarán los escuderos, farautes, pajes etc. que el rey Enrique traiga en su compañia. Los escuderos Guillen, Rodrigo Fortun y Fernando que sostendrán los estandartes y pendones del condado de Fox, alzándolos, formarán un arco de triunfo ante la puerta, por debajo del cual pasará el rey.—El Director de escena procurará darle la mayor solemnidad posible á éste acontecimiento, quedando árbitro, no obstante lo dicho, para prepararlo del modo más conveniente.

ENR... ¡Dios guarde al Conde de Fox!
Yo os saludo, nobles damas!
GAST.. Rey Enrique, Dios os guarde,
que con Vuestra Alteza vaya,
pues si hubo antiguos rencores
que probaron nuestras armas,
yo os juro que solo siento
la que os brindo, amistad franca.
Tomad posesion, señor,
de vuestro castillo.
ENR... Gracias,
noble Conde, yo agradezco
tal prueba de confianza,

y juro, por mi corona,
que he de saber estimarla.
Pero Conde, permitidme
que bese las manos blancas
de dos ángeles que el cielo
quiso daros por compaña...
(*Se dirije hácia Doña Leonor y Doña Blanca*)

LEO.... Señor, su Alteza...

ENR... Señora! (*le besa la mano*)

BLAN.. Enrique!

ENR... Querida Blanca,
vengo á buscarte...

BLAN.. Á buscarme?...
(¡Oh cielos!) (*aparte*)

GAST... (Me lo esperaba!... (*aparte*)
Dios lo quiere!...)

LEO.... (Ten aliento! (*ap. á Gaston*)
¿Quién sabe lo que le aguarda?)
(Mas Don Beltran no ha venido!)
(*aparte con inquietud*)

GAST.. Descansad, señor, (*ofreciendo una silla al rey*)

ENR... Mil gracias
(*Toma asiento al lado de Doña Blanca, en la silla que debe haber en la izquierda del trono.*)
Comprendo vuestra impaciencia (*á Gaston*)
por cuanto ignorais la causa
de mi visita, y por eso,
permitireis que el Rey de armas
de vuestro padre y señor
os explique su llegada,
y á qué movil obedece.

HER 1º Si dais la vénia....

GAST.. Tomadla:
Heraldo del Rey Don Juan,
pues que te escuchamos, habla.

HER 1º Conde de Fox: el Rey Don Juan Segundo
de Aragon y Primero de Navarra,

á tí y á tus ilustres compañeras,
como padre y señor, salud os manda.
Yo, su heraldo, en su nombre me presento
pidiéndote la joya que guardada
tuviste, por mandato de su Alteza,
pidiéndote me entregues á la Infanta.

GAST.. Á la Infanta?...

HER 1º Señor, tú bien comprendes
que resistir á un pueblo que se alza
demandando justicia, no es posible,
porque ¡ay del Rey que al pueblo no escuchára!
Y si el súbdito mira en sus señores
una imágen de Dios, tambien levanta
de vez en cuando su cerviz potente...
¡y cuando el pueblo ruje, el trono calla!
Pues bien, Conde de Fox, se alza atrevido
el victorioso pueblo de Navarra,
y unido, cual la voz del ronco trueno,
quiere tener por reina á doña Blanca...

BLAN.. (Qué escucho?) (*aparte*)

GAST.. (Maldicion!...) (*aparte*)

LEO.... (¡Ay del vencido!) (*aparte*)

GAST... (¡Oh furias del averno, dadme calma!) (*aparte*)

HER 1º Por eso el rey D. Juan á vos me envía...

GAST.. Sí, volaré á su lado; mi mesnada
vendrá conmigo... cual furiosos tigres
nos cebaremos en la cruel matanza,
y otra vez el rumor de la pelea,
y otra vez el crugir de nuestras armas,
calmarán mi inquietud, mi sed de gloria...
¿Pero hemos de llevar á doña Blanca?
Pues bien, vendrá; y al pueblo que se muestra
tan léjos del deber, y que no guarda
la obediencia servil que está prescrita,
castigaré por insolencia tanta!...

HER 1º No, no, Conde de Fox, mi rey y el vuestro
á una guerra civil teme, y se calla

sin provocar las iras de la plebe,
que una guerra civil todo lo acaba!
La lucha fratricida le amedrenta
porque con ella el reino se desangra,
y así, señor, nuestra real corona
por fin quiere entregar á Doña Blanca...

GAST.. (¡Ella sin ambicion, ser reina... reina!) (*aparte*)

BLAN.. (Yo reina ¡oh cielos!...) (*aparte*)

LEO.... (*aparte á Gaston*) (No, Gaston, ten calma).

CAST... Heraldo de mi padre y rey D. Juan,
no dudo en entregaros á la infanta,
si ella accede: partid, vaya su dueña,
con vos y con la hueste, hasta Navarra.

BLAN.. Pues es mi pueblo quien su amor me ofrece,
justo es que yo tambien mis brazos abra:
Heraldo, partiré contigo.

HER 1° (*á los escuderos y hombres de armas*) ¡Viva
la nueva reina!

GUILL. ¡Viva, viva!
(*en union de los demás escuderos, pajes, etc.*)

ENR... (*á Doña Blanca con cariño*) ¡Blanca!
(*Como refiriendo ésta frase á una conversacion habida anteriormente entre ellos*)

HER 2° Si la vénia me dais (*Al conde de Fox*).

GAST.. Decid.

HER 2° Yo, Heraldo
del rey Enrique...

ENR... Conde, mi rey de armas
quiere cumplir fielmente lo dispuesto
y lo que ordena nuestra antigua usanza;
mas creyéndolo inutil, como amigo,
os declaro en verdad que Doña Blanca
vuelve á tener el título de esposa
de Enrique el Castellano.
(*Muestras de sorpresa en D. Gaston y D.ª Leonor*)
Mis palabras
no os deben extrañar, que nulo ha sido

declarado el divorcio.

GAST... (*con marcada intencion*) Bien, mañana,
porque la noche ruje y la tormenta
con sus furias crueles nos amaga,
partireis, á no haber impedimento,
(que todo puede ser). (*aparte*)
En la alborada
cuando anuncie el crèpúsculo que el dia
despierta de su sueño, cuando el alba
vierta sus rayos de oro, todos juntos,
podremos comenzar nuestra jornada.
que á veces la impaciencia nos perturba
y hace una *noche horrible... mala*, *mala*.

ENR... Teneis razon, cual siempre.

GAST... (*Alzándose de su asiento*) ¡Hola, escuderos!
Heraldos, dispensad si no encontrárais
grandes comodidades. Rey Enrique,
yo seré vuestro guía.

ENR... Deseára
que ya, como familia, distrajéramos
al calor del hogar ésta velada.
(*El rey y Gaston continuarán hablando en voz baja*).

BLAN.. Sí, sí, porque es la noche tan sombría!

LEO.... Y tan triste!... ¿verdad, querida hermana?

ENR... Como querais: encuentro conveniente (*á Gaston*)
vuestra proposicion: ya me pesaba
tanto arreo... Señoras, al momento
soy de vuelta.

GAST.. Pues bien, en marcha, en marcha.
(*Cuatro pajes, con antorchas encendidas, preceden á la comitiva, desfilando despues Enrique y Gaston, y á continuacion, los heraldos, pajes, escuderos, hombres de armas, etc.*)

ESCENA VIII.

Doña Leonor y Doña Blanca.

Blan.. (¡Qué dicha que siento!) (*aparte*)
Leo.... (¡El alma se agita!) (*aparte*)
Blan.. Leonor, he olvidado...
Leo.... Que fuiste ofendida?
Blan.. No es eso...
Leo.... No olvides
que por tí vacila
mi amor, mi reposo,
mi calma, mi dicha...
No olvides...
Blan.. (*con cariño*) Hermana!
Leo.... Que, abriendo la herida
de celos, mi esposo
su amor en tí cifra.
No olvides. . . . . .
. . . . Señora, (*sonriendo irónicamente*)
mi reina querida...
perdon si me atrevo...
Blan.. Leonor, tu ironía
me ofende, me abruma...
Leo.... Y á mí me lastima.
¿Creeis que no siento,
cual vos, la perdida
quietud de mi infancia?
¿Creeis que no abriga
mi pecho ilusiones,
hermosas mentiras?
¡Ah! Blanca!... Qué digo?
Blan.. Leonor!...
Leo.... Qué osadía!...
Ah!... no... Vuestra Alteza...

BLAN.. Hermana querida!
recuerda que siempre,
bien reina, bien niña,
te he abierto mis brazos. (*vá á abrazarla*)

LEO.... No... deja... (*rechazando á Blanca*)

BLAN.. Deliras!
Por qué no me abrazas? (*con dulzura*)
¡Si tú, hermana mia,
supieras cuál sufro!

LEO.... Tú sufres?... mentira.

BLAN.. Yo...

LEO.... No...

BLAN.. Sí...

LEO.... Comprendo...

BLAN.. Qué dices?

LEO.... Creía
que amabas, cual siempre,
al rey de Castilla,
mas ya cayó el velo,
quedé convencida,
y al fin sé ¡oh hermana!
por qué nó la dicha
te dá sus fulgores,
te presta su egida.
Tú amabas, tú amas,
á un sér que suspira
por tí...

BLAN.. No comprendo!...

LEO.... Á un sér cuya vida
no es suya...

BLAN.. (*indignada*) ¡Qué infamia!
Mas quién?...

LEO.... Mira, mira...
(*Señalando á Gaston que aparece junto á la puerta de la derecha, figurando como que habla con álguien que está á la parte de dentro.*)
Á Enrique, tu esposo, (*bajando la voz*)

lo entero enseguida.

BLAN.. No infames á un peeho
que aún ama!

LEO.... (Maldita (*aparte*)
tú no has de ser reina...)
Mi hermana querida, (*sonriendo con mofa*)
si es broma, si es farsa
si todo es mentira...

BLAN.. Leonor!... (*enojada*)

ESCENA IX.

Dichos y Gaston.

GAST... Perdonadme,
señoras, me obligan
muy graves asuntos...

BLAN.. Conde, voy arriba.

GAST.. Señora!... (*saludando*)

BLAN.. No tardo... (*contestando al saludo*)
Leonor!

LEO.... Blanca mía!...
(*váse Doña Blanca por la derecha*)

ESCENA X.

Leonor y Gaston.

GAST... Leonor, un instante:
qué hacer? qué imaginas
que pueda salvarnos?...
¡Mi mente vacila!
¡Si no soy mismo,
Leonor!...

LEO.... Yo creía (*irónicamente*)
que no hicieran falta
consejos de...

GAST... Priva
de angustia á mi pecho.
¿No ves cómo arriban
al rostro vapores
de sangre mezquina?...
¿No ves cuál enciende
mi fiebre infinita
la duda?... ¡Si asoma
al rostro mi ira!
Responde... responde...

LEO.... Pues bien, ¿no tenias
las cartas de?...

GAST.. Basta:
mas cómo?...

LEO.... Sencilla
cuestion; ¿tú no sabes
que hay celos que quitan
razon al más cuerdo?...

GAST.. Mas ¿qué ganaria
mi ambicion, mi gloria,
con ver qué?...

LEO... Vacilas?
Escucha: los celos
son fuente escondida
de un líquido amargo
que amarga la dicha.
Si tú consiguieras
que el rey de Castilla
sintiéra el influjo
de celos, harias
al fin que sirviese
de juez y de víctima,
y él mismo entregára,
tal vez, *la sortija*...

GAST.. Ah!... no... me estremezco...
¿Qué crímen me brinda
tu voz?... ¡Ah, me espanto!...

LEO.... Gaston, luego olvidas
que es fuerza que el crímen
la lucha decida?...
¿Ignoras, acaso,
que, si el nuevo dia
no alumbra un cadáver,
tu gloria es perdida?
Ah!... sí, mi conciencia
reposa tranquila,
porque hoy me acompaña
de Dios la justicia!

GAST... Leonor... ¡no blasfemes!

LEO.... ¿Por qué si á la vida
no vine más pronto
de un reino me privan?
¿Por qué, por qué causa,
para mí, no brilla
la luz placentera,
la luz de la dicha?
¿Por qué los honores
mi mente extasían,
y al ir á alcanzarlos
se alejan y giran,
cual nube que flota
merced á las iras
de horrible tormenta
y huye, y se aniquila?...
¡Destino maldito!
¡Borrasca maldita!

GAST.. No temas, no temas;
tendrás la perdida
corona, que solo
viendo tu agonía,
si un mundo quisieras
un mundo tendrias...
Un crímen?... ¡Un crímen!
(Corazon, no digas (*aparte*)

que sufres, por que antes
te arranco hecho trizas...
¡Pero no palpites!)
(*Llevando las manos sobre el corazon*)

LEO.... (Corazon, palpita, (*aparte*)
que al fin has triunfado!)
Gaston!... (*Tendiéndole los brazos*)

GAST... Leonor mía! (*abrazándola*)

LEO.... Ah! se oyen pisadas...

GAST.. Será el rey...

LEO.... Bendigan
los cielos tu suerte...

GAST.. Escucha advertida
está en esa puerta,
pues siento que... Mira,
si acaso me vieses
turbarme, enseguida,
no tardes, me prestas
tu ayuda propicia,
porque... soy muy débil
y temo...

LEO.... Confía:
¡Dios vela por todos!

GAST... (Que no me maldiga!) (*Aparte*)
(*Leonor se dirigirá hácia la puerto de la derecha al tiempo mismo que el rey Enrique vá á entrar en escena: el rey se detiene, cediendo el paso á Doña Leonor, que habla con él unos instantes en voz baja. Los primeros versos de la siguiente escena debe decirlos Enrique como si hablara con Doña Leonor.*)

ESCENA XI.

Gaston y el Rey Enrique.

ENR... Descuidad, noble señora, (*á Leonor*)
vuestro esposo que os adora...
y al fin viniendo conmigo
quedais tranquila!... (*se dirige hácia Gaston*)
¡Oh amigo
Conde!...

GAST... Señor!

ENR... (*gozoso*) Me enamora
la candidez, la ternura
que vuestra esposa os profesa...

GAST.. Qué!...

ENR... Sus celos me confiesa
de Blanca... ¡qué alma tan pura!
¡Cuánto os ama la condesa!

GAST.. Pues qué os dijo?

ENR... ¡Quita allá! (*riendo*)
Que mi esposa es muy hermosa,
que á vos no os disgusta... ¡bá!
¡Como si fuera mi esposa
muger libre!... ¡Claro está!...

GAST... (Ah!...) (*Aparte ésta exclamacion como queriendo que no aparezca en su rostro la señal del sufrimiento que le acongoja*).
Sentáos, rey Enrique,
y dejadme que os explique (*se sientan*)
por qué un instante os pedí
de conferencia...... (¡Ay de mí! (*Aparte*)
su indiferencia es un dique
que opone á mi pensamiento!...)

ENR... Cuando gusteis......

GAS..., Un momento:

decidme, ¿amais á la infanta
con esa ternura santa
que merece un casamiento?......

ENR... ¡Que si yo la amo! Gaston,
preguntad al tierno niño
si siente en el corazon
el fuego de la pasion
maternal....¡santo cariño!
Id, preguntad á las flores
si no adoran los fulgores
de la estrella matinal,
por que su luz celestial
es la luz de los amores!
Preguntad al que atrevido
surca el mar, si no ama el puerto;
al que, por la sed rendido,
cruza el árido desierto
tras el manantial querido...
¡Que si la amo! De ella en pos
me lleva el soplo de Dios,
y acude mi pensamiento
á beber su puro aliento
que es la esencia de los dos...
Que, aunque yo la repudié,
hoy que he visto... lo que he visto
con mi nueva esposa, sé
que si existo es porque existo
para Blanca... bien se vé!
Porque es un ángel del cielo
que, para enjugar el llanto,
vino á este mísero suelo...
Porque ella calma mi anhelo...
porque la amo tánto, tánto!...

GAST.. (Su amor me aterra...) (*ap.*) Señor,
Blanca es hermosa, divina,
eso sí, más peregrina
que una flor en el albor

primavera!, que fascina.
Blanca es un ángel, cual vos
decís y yo me apresuro
á confirmar, pero... Dios
permite... que vaya en pos (*con cierta retiscencia*)
del ángel... el fuego impuro...

ENR... ¿Qué decis, que me hace daño (*se levanta*)
vuestra duda?... Conde, hablad:
ved que si es algun engaño
ó algun ambicioso amaño...

CAST... Rey Enrique!... (*Con altanería*)

ENR... Perdonad;
pero me aturdo... decid,
que las sospechas me hieren!

GAST... (No se fingir!...) (*ap.*) Pues lo quieren
vuestros recelos, oid.
(Ah! sus ilusiones mueren!) (*aparte*)
Era una noche, una noche
de esas en que triste el alma,
miramos con dulce calma
cuál la flor cierra su broche
y cuál se mece la palma...
Noche en que todo convida,
con el misterio que encierra,
á gozar de la querida
juventud, y bendecida
llama de amor en la tierra.
Noche en que el mundo parece
que se agita soñoliento,
que otro murmullo no ofrece
que el del aire cuando mece
las flores con suave aliento...
Noche...

ENR... Gaston, un instante:
sed breve, por que anhelante
me teneis, quizá dudando
de si os estoy escuchando

ó es sólo un sueño!...
GAST... *(Con mucha frialdad)* Adelante.
Dejemos la poesia,
y pasemos á un recinto
cuyo ambiente parecia
que solo amor ofrecía...
¡cuán hermoso me lo pinto!
Pero por no prolongar
mi relacion, callaré
todo cuanto contemplé
en tan ameno lugar;
solo, sí, confesaré
que una muger hechicera
y un mancebo azás garrido,
aspirando la primera
fruicion de un amor querido,
pasáron la noche entera:
la aurora les sorprendió
jurándose amor sincero,
cual otras veces, y yo
que fuí quien la escena vió...
ERN... Y la muger?...
GAST.. Con mí acero
lavé mi honor ofendido...
ENR... Vuestro honor?... Luego fué?...
GAST.. *(Como si le fuera embarazoso el afirmarlo)* Sí...
la princesa...
ENR... Habeis mentido, *(enérgicamente)*
todo ese cuento es fingido,
atroz calumnia...
GAST.. *(Con entereza)* Lo ví,
rey Enrique, por mis ojos!...
ENR... Y cómo me lo probais?
¿No veis que despedazais
mi ilusion?... ¿Que dando enojos
á mi corazon matais?
GAST.. Señor!...

ENR... Y vos ese cuento
me relatais?... ¿Con qué intento
deshonrais vuestra corona?
GAST... Rey, señor, por que me abona
un sagrado juramento.
Juro—dige al contemplar
mi honor entre el fango hundido—
muger, pues tú lo has querido,
sola y triste has de llorar!...
¡Mi juramento he cumplido!...
ENR... Ah!... no podeis comprender
lo que pue puede una mujer
y el infierno que arde aquí... (*alude al corazon*)
Pero pruebas... pruebas...
GAST... Sí,
esperad... (No puedo hacer (*aparte*)
más tiempo ésta farsa ruin;
me dá pena su dolor!...)
ENR... Pero y las pruebas?...
GAST.. Señor,
lo quereis?...
ENR... Sí, pronto.
GAST.. (*Mirando hácia la derecha*) (Al fin (*aparte*)
me he salvado!...) Leonor!
(*A Doña Leonor que entra por la puerta de la derecha*)

ESCENA XII.

Dichos y Doña Leonor.

LEO.... Perdonad si me he atrevido
á este recinto llegar:
me pareció haber oido
gritos, quejas, al pasar,
y...
GAST.. Leonor, pues habeis venido,

sabed que al rey he contado
todo cuanto aquí ha pasado
con Doña Blanca.

LEO.... (*Fingiéndose aterrada*) ¡Gran Dios!

GAST.. Sí, sí, lo que sabeis vos
cuyas pruebas os he dado.
Decidme, pues, dónde estan
las cartas... (*Leonor y Gaston continuarán hablando en voz baja*).

ENR... (Ah! me dá miedo!...
(*Hablando consigo mismo como abrumado por el sufrimiento*).

LEO.... (Yo iré por ellas...) (*aparte á Gaston*)

GAST.. (*aparte á Leonor*) (Mi afan
es grande, Leonor, no puedo
ver sin horror éste plan...)
Rey Enrique!

ENR... Conde!

GAST.. Voy
por las pruebas que pedís;
en un instante aquí estoy...

LEO.... (Yo iré...) (*aparte á Gaston*)

GAST.. (Si me lo impedís (*aparte á Leonor*)
más tiempo infame no soy,
por pue me estoy ahogando (*con viveza*)
de ver ese sufrimiento,
y yá está el remordimiento
mi corazon destrozando...)

LEO.... (Gaston!...)

GAST.. (*á Leonor*) (Dejadme un momento). (*váse*)

ESCENA XIII.

Doña Leonor y el Rey Enrique.

(*El rey Enrique habrá caido, desde la anterior escena, en un completo estado de abatimiento y*

desesperacion.—Leonor debe aparecer muy confusa).

LEO.... (Dios mio! en el secreter (*aparte*)
hay otras cartas... ¡si encuentra!...
pero él tiene que enterarse
de todos modos... ¡qué idea!
¿y si lée aquí el escrito
ante el rey?... ¡Oh! ¡Cuánto cuesta
una ambicion! Qué dirá
de D. Beltrán?...)

ENR... (*Hablando consigo mismo*) ¡Me atormentan
los celos!... ¡Yo que soñaba
con una gloria en la tierra,
y verme así trasportado
á un infierno de quimeras!...
Ah, señora! perdonad, (*á Leonor*)
por que es tan grande mi pena!
Sí... vos, quizá, no sabeis
lo que es perder la alhagüeña
esperanza de una vida
dichosa!... Las flores secas
del alma, vánse perdiendo,
y ese árbol no las renueva,
que cuando llega el Otoño,
con sus cierzos, para ellas,
dobla sus ramas... se agosta...
(*Aparece Gaston trayendo un paquete de cartas*)

LEO.... Gaston!

ENR... ¡Realidad funesta!

ESCENA XIV.

Dichos y D. Gaston.

GAST.. (Esa corona me impulsa, (*aparte entrando*)
esa corona me alienta...)

ENR... (Cielos!...) (*aparte*)

LEO.... (Dios mio! mi plan (*aparte*)
aborta!...)
GAST.. ¿Pediais pruebas (*á Enrique*)
de lo que dije?... Os las traigo:
vos conocereis la letra
de la que fué vuestra esposa?...
ENR... Sí, sin duda.
GAST.. Pues bien, éstas
(*mostrando algunas cartas del paquete*)
cartas, fueron arrancadas
con mi acero...
ENR... Ah!... traedlas!
(*Arrebata de manos de Gaston algunas cartas, y las examina con ánsia*).
Maldicion!...
LEO.... (¡Dios nos ampare!) (*aparte*)
GAST... Ya habreis visto que son de ella? (*á Enrique*)
ENR... Sí, su firma...
(*Torna á examinar las cartas que tiene en su poder, y despues, con voz apagada, como quien goza atormentándose, lee*:)
«Amado mio:
»inconsolable en tu ausencia,
»sufro del Conde y su esposa
»la más odiosa tutela.
»¿Por qué no vienes por mí?...
Calla, corazon que quema (*representa*)
mi alma tanta perfidia!...
GAST... Seguid, rey Enrique.
ENR... (*Leyendo*) «Piensa
»que es imposible vivir
»entre el ódio que me cerca,
y solo tú, amado mio,
»impedir quizá pudieras...»
Ah! infame!... (*representa*)
«Ven te espero... (*leyendo*)
«*la sortija...*» (*estruja las cartas con ira*)

(*representa*) Quiero verla.
Quiero tenerla á mi vista
quiero que aquí se arrepienta...
llamadla, Leonor, llamadla,
y que ante mí se estremezca...

LEO.... Es mi hermana, Rey Enrique!
(*Fingiendo ahogados sollozos*)

ENR... Vos no sabeis cuánto cuesta
abrigar una ilusion
y ver despues que se aleja!...
¡Hola, escuderos! Decid (*junto á la puerta*)
á la señora princesa,
que sus hermanos, su esposo,
en éste salon la esperan.

GAST.. (Ay! ¡Qué vale una corona (*aparte*)
cuando grita la conciencia!)

LEO.... (El triunfo es nuestro... vencemos. (*ap. á Gaston*)
Ay, del que estorbarlo quiera!)

ENR... ¡Y ha de venir!...
(*Como quien ya de antemano sufre pensando en lo que vá á suceder*)
¡La he de ver
de rodillas, aquí, puesta
de hinojos, y suplicando
mi perdon!...
(*Una voz desde dentro*)
¡Plaza á la reina!

ESCENA XV.

Dichos y doña Blanca.

GAST.. (Oh me horrorizo!...) (*aparte*)

ENR... (Qué hermosa!) (*aparte*)

BLAN.. Me estraña tanta tristeza...
Qué sucede, qué?...

ENR... Silencio, (*con voz apagada*)
señora, vuestra presencia
ha de ser muy triste, porque
ya el fingimiento me aterra...

BLAN.. ¿Pero qué es esto, Dios mio?...

ENR... Basta, callad: la conciencia
no os indica que ha llegado
el castigo de la ofensa
que inferisteis á mi honor
impunemente, á sabiendas?...

BLAN.. Yo!... (*Mezcla de sorpresa é indignacion*)

GAST.. (¡No puedo más!...) (*aparte*)

ENR... ¿Qué hicisteis
de vuestro honor y pureza
que así los dísteis?...

BLAN.. Mentís: (*con energía*)
miente quien tal diga!

ENR... Ceja,
ceja en tu afan de ocultar,
muger vil, la mancha negra...

(*Gaston, que momentos ántes, por no poder sufrir más tiempo la hermosa presencia de Doña Blanca á quien él ha calumniado, se retiró del primer término de la escena, y comenzó á hojear las cartas que quedáran en su poder despues que el rey Enrique le arrebató algunas; debe estrujar las ya dichas cartas entre sus manos, y con acento de desesperacion, prorumpir*):

GAST.. Ah!... Cielos!... Leonor!... Leonor!...

LEO.... Gaston! (*Dirigiéndose hácia él*).

GAST.. Nó, aparta, que quema
tu aliento, muger liviana...
¡rompiste mi dicha entera!
¡Rey Enrique, rey Enrique!... (*al rey*)
Si veis que hasta el rostro llegan
vapores rojos y negros,
ved en ellos mi vergüenza!...

¡Dios me castiga!... Leéd...
(*mostrándole las cartas*)
sí... D. Beltran de Cueva...

ENR... ¡Mi mayordomo!

LEO.... (Dios mio!) (*Aparte*)

GAST.. Sí, ved, ved por qué me ciega
la cólera......

LEO.... (No será). (*aparte*)
Apartad: no es bien que tenga...
(*Arrebata las cartas á D. Gaston*)

GAST.. Ah!... (*Retrocediendo ébrio de cólera.*)

LEO.... Un depósito sagrado
quien duda de mi pureza.
Gaston! (*Con dignidad*)

GAST... Infame, esas cartas.

BLAN.. Leonor! (*Dirigiéndose á donde está Leonor*)

GAST.. Dejadme que beba
su sangre vil, fementida....
Adúltera, la vergüenza
que me hace esconder el rostro,
yo borraré con mi diestra....
Vas á morir.... (*Saca un puñal*)

ENR... Conde! (*Dirigiéndose á Gaston*)

BLAN.. No,
(*Interponiéndose entre Leonor y Gaston.*)
que es mi hermana y antes que á ella
llegueis, tendreis que pasar
sobre mi cuerpo!....

GAST.. Que muera,
perque ha manchado mis timbres
honrados!....

LEO.... Dejad, no tema
quien no ha faltado á su honor
que la sangre de sus venas
corra, probando la injuria
que se le hace!....

GAST.. Pues sea: (*Dirigiéndose á Leonor*)

muger adúltera!....

ENR... No,
Conde, dejadlas que mueran
entrambas, las dos, oyendo
él grito de la conciencia....

BLAN.. A mí se me acusa, á mí?.... (*Con indignacion*)
Quién tal calumnia sustenta?...

ENR... Silencio!...

GAST.. Sí, rey Enrique,
calumnia que me avergüenza...
ah!... mi mente desvaría....
(*Dirigiéndose á las estátuas del salon*)
Sombras ilustres que alberga
éste recinto sagrado;
nombres que poblais la esfera
de honradez do yó me agito;
jigantes que el tiempo lleva
sobre sus álas; dejad
los pedestales, que encierra
ésta atmósfera miasmas
de traicion y de impureza!...

ENR... Conde!...

LEO.... Gaston!... (*suplicante*)

GAST.. Ah! muger,
muger, dí, por qué no muestras
una disculpa?... Responde...
(*Se oye el tañido de la campana de la torre*)
¡El vigía anuncia!... Deja
pensamiento que deliras
y que con tu hiel me anegas!
(*Oprimiendo la frente con entrambas manos*)
Ah!.... desvarios.... locura!....

ESCENA XVI.

Dichos y Fortun.

FORT.. Señor, por una poterna
hemos salido á saber....
GAST.. Pronto: quién es?....
FORT.. La tormenta
les impide continuar
su viaje, así desean....
GAST.. Sus nombres, Fortun! (*colérico*)
FORT.. El uno,
Mayordomo de Su Alteza
el rey D. Enrique.... (*Ansiedad general*)
GAST.. Basta: (*Grito de odiosa satisfaccion*)
No digas más, Fortun, cesa....
¡Dios ó el infierno lo envia!
LEO.... Ah!.... (*Retrocediendo*)
ENR... Conde!
BLAN.. Gaston!...
GAST.. Perezca:
y luego tú, vil muger, (*á Leonor*)
ludibrio de mi existencia,
coronarás mi venganza
con la rojiza diadema...
¡Baje el puente levadizo!...
(*Junto á la puerta de la derecha*)
Nó... nó... Beltran de la Cueva,
voy por tí!...
(*Contraccion nerviosa en todo su cuerpo, acompañada de una carcajada que se prolonga hasta que cáe el telon*).

ENR... Conde!

(*Tendiendo los brazos á Gaston, y sosteniéndolo, evitando la caida de éste al suelo*).

BLAN.. Gaston!...

LEO.... ¡Oh ambicion, cuánto me cuestas!...

(*Con la desesperacion pintada en el rostro, en actitud de rogar al cielo*).

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Aposento de la misma torre de Ortez.—Puertas practicables á derecha é izquierda Al lado de cada puerta un sillon de baqueta de antigua usanza.—Puerta al foro que, cuando en tiempo oportuno se abra, permita ver el altar del oratorio de la torre, con los ornamentos necesarios y una imágen de la Vírgen. A derecha é izquierda de ésta puerta dos ventanas: la de la derecha estará entreabierta y permitirá ver la débil claridad de la capilla; la de la izquierda dá al exterior del castillo.—Una lámpara solamente, que cuelga en el centro, alumbrará la escena.—De vez en cuando se oye el ronco zumbido del trueno, y el silbido horroroso del huracan.

ESCENA I.

Guillen, solo, de guardia junto á la puerta del foro, apoyada la cabeza sobre las manos que sostienen la alabarda.—Instantes de silencio despues de haberse alzado el telon.

¡Qué noche! ¡Cuánta tristeza
sobre el pecho deposita!...
Noche de luto, maldita,
tal vez, por Naturaleza...
¡Un volcan es mi cabeza!...
¿Tú sufres, pobre escudero?...
Sí... que esperando el postrero
rayo de luz en el mundo,
en mi dolor tan profundo
oigo un grito lastimero...
Grito que dice: «asesino,
qué hiciste de tu hidalguía?...»

Y en dura y lenta agonía
por éste mundo camino...
¡Oh ambicion! cuál mi destino
has trocado! Yo anhelaba
oro, riqueza, y soñaba
ver cumplida mi ambicion,
y dí en pago un corazon...
¡hice á mi conciencia esclava!...
Los que ambicion no teneis,
vosotros los que vivís
con calma y que no sentís
este fuego, no sabeis
qué es ésto, no comprendeis
cuál desgarra el corazon
el remordimiento.... ¡Son
éstos malhadados frutos
que ahora pruebo, los tributos
que lleva en sí la ambicion!....
(*Instantes de pausa.—Se oyen tres campanadas.*)
Ah! las tres de la mañana!....
¡Qué sombrío que està el cielo!
(*Mira por la ventana de la izquierda.*)
La luz calma mi desvelo
y ni aun asoma la grana
del primer albor!.... Se afana
mi pecho por ver el dia
porque encuentra su alegría
en su fulgor.... en su encanto....
Oigo ruido....
(*mira hácia la puerta de la izquierda*)
El Conde!.... ¡Cuánto
padece!.... ¡Larga agonía!....

ESCENA II.

Dichos y el conde de Fox que, seguido por Fortun, que queda en el dintel de la puerta, entra en escena cabizbajo y pensativo, revelando en la palidez de su rostro y en todos sus ademanes, que un sufrimiento interno agobia su existencia.

GAST.. Rezar y más rezar: es el consuelo
(habla consigo mismo)
que me resta en el mundo.... ¡cruel congoja!
Yo he soñado!.... soñé que un puro cielo
me ofreció el bienestar.... Mi alma se enoja,
cuando presa se vé del triste suelo,
porque la flor de su ilusion deshoja,
y entre rudo martirio y agonía
vuelve á la realidad el alma mia!....

GUILL. (Pobre señor! su pena me conmueve!) *(Aparte)*

FORT.. (¿Quién no sufre ante el mal de un semejante?)
(Aparte)

GAST.. Yo lo quise... está bien... ¡Por qué se atreve
así á cruzar el hombre la incitante
senda del mal?... Que su amargura pruebe
no es de estrañar, que el mal es un jigante,
que al hombre rinde sin medir distancias...
¡Flor que fascina con sus mil fragancias!...
(P*ausa.—Gaston dirige su mirada alrededor*).
Estoy solo?... no tal... Quién eres, dime?
(á Guillen)

GUILL. Señor!

GAST.. ¡Señor!... te engañas; soy un hombre
cual los demás...
(Guillen hondamente conmovido solloza)
¡Él sufre!... ¡tambien gime!..!
(hablando consigo mismo)

Quién eres?... (*á Guillen*)

GUILL. Soy Guillen el...

GAST.. Sí, ese nombre
me suena... lo recuerdo... Escucha; estime
tu criterio imparcial, y no te asombre,
un cuento que no sé si lo he soñado
ó es que á mí en otro mundo me ha pasado.
Tú, déjame... (*á Fortun*)

FORT.. Señor, la órden que tengo...

GAST... Quiero estar solo, estás? Quiero estar solo
con Guillen.

FORT.. Bien, señor. (*váse Fortun*)

ESCENA III.

Don Gaston y Guillen.

GAST.. Si me entretengo
en relatarte la perfidia y dolo
de un hombre, no será porque me vengo
de un sér que ya pasó, que el mauseolo
donde su cuerpo yace, aquí en mi alma,
no deja interrumpir su glacial calma. (*pausa*)
Escucha: vivió un hombre que sentía
todo un cáos de horribles ambiciones,
y un reino, una corona apetecía,
y forjaba en su mente mil visiones.
Su virtud, su honradez, se estremecía
ante un crímen funesto, y emociones
llenas de fé y de duda le embargaban
y en su vida cruel le atormentaban...
Oye: y una muger, muger hermosa
cual no puede pintarla nuestra mente,
muger ánjel del cielo, virtuosa
como una vírgen, se alza de repente
cual se levanta el dique ó la enojosa
valla ante el bramador ronco torrente,

sirviendo de imposible al ambicioso
que ante ésta valla se paró medroso.
¿Tú no has visto al corcel que el acicate
su indómita pujanza vá avivando,
y sostiene rudísimo combate
con el fragor del suelo, y galopando
del águila caudal el vuelo abate,
y salta la barrera, no mirando
un abismo tras de ella que le espera
para eterno reposo á su carrera?...
Así el corcel de la ambicion camina:
la espuela de la mente le dá brio,
y alla vá, y allá vá... nada le inclina
á cejar en su loco desvarío!...
Los elementos, con su afan, domina,
carcajada blasfema lanza impío,
y llega á la barrera insuperable,
y no vé que hay detrás fondo insondable.
Y el hombre que mostré, de ambicion presa,
pensando en Dios, detúvose un momento;
pero al génio del mal que le interesa
fomentar la ambicion, dando tormento
en forma de ángel, por mayor sorpresa,
ángel-muger que obtuvo en casamiento
el ambicioso, al acicate dando,
el indómito potro fué avivando...
Que no te asombre: la muger primera
que era un ángel de Dios en éste mundo
y dique insuperable tambien era
puesto ante la ambicion; con cieno inmundo,
para impedir que coronada fuera
y nulo hacer su amor grande, profundo,
vió revestida, por su propia hermana
que era la otra mujer, su nieve y grana.
Y aquel hombre fatal de ambicion lleno,
tambien ésta calúmnia alimentando,
al gozar en su triunfo... ¡me enageno!...

vió la mano de Dios que, castigando
su ambicion infernal, le dió el veneno
del propio deshonor, porque mirando
unas cartas fatales y malditas,
de su deshonra vió pruebas escritas...
«¡Infame traicion!... Dios me maldice!...
Escuderos, mi lanza y mi caballo,
yó vengaré mi honor...—sobérbio dice—
y despues morirás...» ¡De fúria estallo!
(*Grito de rábia.*)

GUILL. Señor!...

GAST.. Sí, dices bien, no martirice
(*serenándose.*)
mi pecho su memoria... callo... callo...
solo diré que, en el supremo instante,
nuncio de Dios se presentó el amante.
Y en vez el hombre de acudir ansioso
á vengar su blason, se estremecía;
y, cual tigre feróz que receloso
retrocede, tambien retrocedia;
porque escuchando un eco misterioso
que del azul del cielo descendía,
entendió que el Dios sumo le mandaba
que dejase de sér, que le llamaba...
Y, aquí... ya mi razon se pierde...y miro
un cadáver no más... y en él advierto
vaporosa vision... ó es que deliro...
ó una sombra se eleva de ese muerto...
si... esa sombra... ¡soy yo!... yo que suspiro
por cumplir el mandato de aquel yerto
tronco que un hombre fué, que dijo: «escucha,
reza, reza por mí, por ella... ¡lucha!»
Y yo por eso sin cesar acudo
al pié del ara de la Vírgen mía,
á rezar, á rezar, porque hasta dudo
de mi propia oracion... ¡verdad impía!...
Escucha: tú, Guillen, serás escudo

de esa muger que envuelta vióse un dia
por la torpe ambicion, que yo, entretanto,
he de rezar... rezar en mi quebranto...
(*Las últimas palabras las dirá dirigiéndose ya hácia el foro; entrando en la capilla al propio tiempo que Doña Leonor y Don Beltran de la Cueva en escena.*)

ESCENA IV.

Doña Leonor y Don Beltran de la Cueva.—Guillen se vuelve á situar junto á la puerta de la capilla.

LEO.... Toda la noche lo mismo (*A D. Beltran*)
visitando la capilla:
al escuchar vuestro nombre
lanzó carcajada impía,
y presa de la locura
se vió... ¡Llegada maldita
la vuestra!... Mas perdonad, (*solloza*)
Don Beltran...

BEL ... Señora mia,
ya os anunciaba mi carta
que os prometí mi venida,
y á no haber grandes obstáculos
sin falta aquí me tendríais.
Además, quién se pensára
que el conde Gaston sería
ageno á nuestro complot?...

LEO.... Qué quereis, señor?... La vida
de mi esposo no comprendo,
porque unas veces me anima
á seguir mis sueños de oro,
y otras mi afan debilita...
Por eso, temí rehuyera
vuestro apoyo, y enseguida
no le enteré del asunto

por ésta razon...
BEL.... ¡Mentira
parece que un hombre tema
lograr el fin de su vida!...
LEO.... Guillen, procura que nadie (*A Guillen*)
llegue á éste aposento: fía,
que no te se culpará
de faltar á tu consigna;
yo lo prometo.
GUILL. Está bien. (*Vase por la izquierda*)

ESCENA V.

Doña Leonor y Don Beltran.

LEO.... ¡Cuánto crece el ánsia mia!...
Y yo he de hablarle!... mi esposo
ha de oir mi voz... que diga
cuanto quiera... ¡cielo santo! (*solloza*)
BEL.... Señora!...
LEO.... Que me maldiga!...
. . . .
Vos no podeis comprender,
Beltran, esa voz que grita
constantemente, diciendo:
hay un mas allá que brinda
nuevo placer, nuevo encanto,
nueva ilusion, nueva dicha!...
Vos no podeis comprender
el infierno que se agita
en un alma que ambiciona,
cuando ve que ya la egida
de sus deseos se pierde
cual nube vaga que oscila!
Vos no podeis comprender
cuanto sufre aquel que mira

al cielo y en ese cielo
solo ve nubes sombrías...
Yo miro á mi alrededor,
y qué veo?... Solo tintas
lóbregas, tristes, que anuncian
llanto, dolor, agonía,
y la nada... y el silencio...
y la muerte de mi dicha... (*Llora amargamente*)

BEL... Señora, dejad, por Dios,
esos augurios que privan
de ilusion á nuestra alma;
pues ¿qué fuera nuestra vida
sin esa luz de los cielos
que alumbra la fantasía?
Decís que hallais imposible
que yo comprenda la herida
de la ambicion... ¡ah, señora!
vos no sabeis que hay quien mira
tambien un infierno todo
tras un cielo de delicias.
Escuchad: porque sepais
que hay quien vé una perspectiva
muy horrible, yo mi pecho
quiero mostraros: decida
vuestro criterio imparcial
sino es justa mi agonía.
Yo, pobre paje de lanza
de las huestes de Castilla;
yo, miserable mortal
que, aunque de noble familia
nacido, me ví entre el polvo
de escuderos y golillas;
yo, merced á la indulgencia
del rey Enrique, cumplida
ví mi mayor ilusion,
mi esperanza mas bendita.
Fuí Mayordomo del rey,

y como en honor crecia,
tambien se agrandó la llama
de un amor que aun me dá vida...
Señora, ¿por qué ocultarlo?...
Sí, Doña Juana, la hija
del Rey Portugués, la esposa
de Enrique, el rey de Castilla,
correspondiendo á mi amor
me dá un cielo que fascina...
¡Qué mas goce en este mundo!
¡Qué mas placer, qué más dicha!....
Ahora, ved el porvenir
que de mis glorias me priva:
¿sabeis, señora, sabeis
para mí qué significa
el que D. Enrique tenga
otra esposa virtuosísima?....
Significa mi desgracia....
su nuevo enlace aniquila
mis sueños de oro.... ¡la muerte
se cierne sobre su víctima!....
Y, bien lo veis, me mantengo
sin doblegar la rodilla,
esperando en el mañana
con fé y conciencia tranquila....
Haced vos lo mismo: cese
vuestro llanto, que la vida,
como rueda el mundo, rueda....

LEO.... Gracias, Beltran, me creía (*Le tiende su mano*)
sola en el mundo.... perdon.
No mi esperanza marchita
se verá, cuando un amigo
de tan probada hidalguía....

BEL.... Señora, solo deseo....

LEO.... Mi esposo!... (*mirando al foro*)

BEL.... El Conde! (*sale Gaston del oratorio*)

ESCENA VI.

Dichos y Don Gaston.

GAST.. Bendita (*sin fijarse en Leonor y Beltran*)
la oracion que fortalece...
(*Viendo á los que hay en escena*)
Que estaba solo creía.
(*Se dirige hácia la puerta disponiéndose á abandonar la escena, cuando Leonor le interroga*).
LEO.... Esposo mio, Gaston?...
GAST.. Quién es el que á gritos llama?...
¡Calle! una dama!...
LEO.... Que te ama,
que te dió su corazon!...
GAST.. ¡Su corazon! ¿No sabeis
que, si tenerlo supiera,
ya lo hubiese echado fuera? ..
Y vos, quién sois?... qué quereis? (*A Beltran*)
BEL.... Conde de Fox...
GAST.. Un instante:
¿cuál es tu nombre? (*A Leonor*)
LEO.... Leonor,
tu esposa...
GAST.. Ah!... sí... este ardor!
(*Oprimiendo la frente con ira*)
Leonor... que tuvo un amante...
LEO.... Gaston!... (*Suplicante*)
GAST.. Sereis vos... (*A Beltran*)
BEL.... Beltran... (*Con naturalidad*)
GAST.. Lo supuse, justo, Dios (*Con ódio marcado*)
me los presenta á los dos
para que calme mi afan...
Miserables! ¿No sabeis
que yo os puedo confundir,

que yo os puedo reducir
á polvo?... Mas no escucheis
á éste loco... sombra vana...
dejadme....
(*Disponiéndose á abandonar la escena*)

LEO.... Escucha, Gaston.

GAST.. ¿Quieres que hable?... ¡Mi razon
se pierde, muger liviana!
Vos, alejáos de aquí, (*A Don Beltran*)
dejadme, que cumplir quiero
el mandato postrimero
que de un muerto recibí...

BEL.... Os doy gusto
(*Accediendo á las intancias de Doña Leonor*)

GAST.. Sí, marchad
y que Dios...
(*Arrepintiéndose de la frase que iba á lanzar*)
no, que os consuele,
que por vuestra vida vele...
idos, y, cual yo, rezad... (*Vase D. Beltran*)

ESCENA VII.

Doña Leonor y Don Gaston.

(*Leonor casi se postrará de rodillas ante Gaston; permaneciendo éste, hasta que el diálogo lo indique, sin fijar su mirada en Leonor, como abismado en un profundo pensamiento, sin apartar la vista de la puerta por donde se fué D. Beltran.*)

LEO.... Oye, Gaston, no me ves
que, aunque culpable no soy,
cual arrepentida estoy
de rodillas, á tus pies?
Qué en mi semblante no lées
el lema de la inocencia?....
¡Ah, Gaston, Gaston! clemencia

para la muger que un dia
fué tu fuente de alegria
y el aura de tu existencia...
Sábelo todo: si en mí
viste falta de expansion,
fué por prudencia, Gaston,
no por engañarte á tí!....
¿Por qué destrozas así
los sueños de una muger
que, en su afan de comprender
ese más allá ignorado,
olvidó, bien adorado,
que es su destino querer?...
Responde, Gaston, escucha
la voz del sér que te adora,
del sér que perdon implora,
que por complacerte lucha...
Ve que es mi pena ya mucha,
ve que mi honor se revela
contra el que tanto recela,
y se está haciendo pedazos
mi corazon, que en tus brazos
solo vive y se consuela...
(*Queda de rodillas gimiendo dolorosamente*)

GAST.. Pensamiento que elevaste
(*Hablando consigo mismo*)
ante mí nube sombria,
deja, deja al alma mia...
Ya se fué... sola quedaste...
(*A Leonor sin fijar en ella su mirada*)
Sola quedaste... ¡ay de tí!
Lo que tú eres no supiste,
que hace poco te perdiste,
y hace poco me perdí...
No, no... miento, porque soy
solo una sombra de un sér
que en su mirada postrer

dijo... lo que á decir voy...
(*Mira á Leonor y en su rostro resplandece la cruel satisfaccion de verla, humillada, de rodillas*)
¡Mas tú de rodillas?... Sí,
muger, muger... ah! tu puesto
es ese... ¡si manifiesto
está el deshonor en tí!...
(*Leonor vá á hablar con expresion de suma angustia*)
Silencio, silencio!... Calle
la que faltó á su deberes...
¡oh mugeres, oh mugeres!...
no hagas que mi fúria estalle!
Ceja en tu vana porfía,
no finjas más, que me asombra
que ante mí, que ante una sombra,
aun uses de hipocresía!...
¿No ves que la maldicion
de un muerto te sigue? ¿Ves
cómo cáes ante los piés
de la sombra de Gaston?...
Ah!... que fije tu memoria
éstas palabras: no olvides
que en vano perdon le pides
al que ya vive en la gloria.
No esperes que, perdonando
tu traicion, sigas viviendo
tras de ese crímen horrendo
tu ambicion acariciando...
¡Que no alcanzará el perdon
ni gozará del olvido,
la que en el mundo ha tenido
tan sacrílega ambicion!...

LEO.... ¡Dios mio!... (*Llorando estremecida*)
GAST... Sí... tú, muger
que á lo mas santo faltaste;

tú que en la nada arrojaste
los ensueños del ayer;
tú que, sintiendo la mano
del Dios justo que castiga
y que hácia el bien nos obliga,
sigues con delirio insano,
nuevo Cain que á su hermano
que le dá su corazon
hiere, no esperes perdon,
porque hasta el poder divino
te ha de gritar: ¡asesino!...
. . . .
Deja... deja tu ambicion.. (*Váse por la izquierda*)

ESCENA VIII.

Leonor, sola.

(*Instantes de pausa, durante los cuales no se oyen mas que los sollosos entrecortados de Leonor*).
Déjame... déjame estar...
que no puedo resistir
tanta pena, sin morir...
tanta pena, sin llorar...
Deja que el inagotable
llanto de mi corazon
corra... Mas qué es un perdon (*Se levanta*)
cuando no he sido culpable?...
No... ¡cielos!... delirio fué...
fué una ilusion de mi mente...
Mas siento aquí... interiormente,
un pesar... un no sé qué... (*Pausa*)
Él, en su delirio insano,
me abandona, me maldice,
y aun parece que me dice:
«Cain, Cain, y tu hermano?...»
No... no será... viviré

relegada en el olvido...

(*Con voz llena de lágrimas*)

¿Por qué un ensueño he tenido?...
¿Por qué he soñado... por qué?...
No más gloria, no ambiciones
corazon, que hay un momento
que dá un mundo de tormento
por un soplo de ilusiones...

(*Pausa.—Se enjuga las lágrimas precipitadamente, como obedeciendo á un pensamiento súbito*)

Pero... ¿por qué he de existir
sin la gloria que imagino?...
Tú lo quieres ¡oh destino!
pues bien vencer ó morir.
¿Cómo no ceñir mi sien
con la fulgente corona
que tan altos nos pregona?...
¿Cómo trocar un eden
por un desierto infinito
lleno de eriales y abrojos?
¿Cómo no cerrar los ojos
ante un resplandor bendito?...

. . . .

Triunfe el mal, si es mal, que ignoro
si es virtud el anhelar
lo que es un sueño alcanzar,
lo que es fugaz meteoro
que agranda la fantasía...
Sí, sí, seguiré el camino
por do me empuja el destino...
¡no temas, no, mente mia!...
Yo tu impulso seguiré, (*Con viveza*)
el rey Enrique vendrá,
lo que pretendes será,
la sortija le daré...
Ah!... (*Ruge la tormenta.—La luz pálida del relámpago hiende el espacio, percibiéndose á través*

de la ventana izquierda)

La tormenta parece (*Aterrorizada*)
que en nombre de Dios me dice:
¿qué vas á hacer. . . . .

(*Se oye el ruido del trueno*)

. . . . ¡Me maldice
la Natura!... (*Se acerca á la ventana izquierda*)
Cómo crece
esa nube, que aparece
cabalgando sobre el trono
de lo infinito. . . . . .
. . . . ¡Mi encono
ceja, Señor; ya no puedo
aborrecer... ¡tengo miedo!...
déjame que no ambiciono!...
Déjame, sombra fatal
del remordimiento... deja...
que en mi pecho se refleja
toda tu bruma infernal....
. . . .
Deliro... no, sueños son (*Reanimándose*)
que forja la fantasía...
ah! no temas, alma mia,
alienta ya, corazon!...

(*La campana de la torre dá las cuatro*)

Las cuatro! qué poco resta
de ilusion y de esperanza!
Cuando asome en lontananza
la luz del albor, funesta,
ó de dicha manifiesta,
será para el corazon...
Crepúsculo! la mansion
donde habitas abandona:
tráe mi muerte ó la corona,
que te espera mi ambicion!...
. . . .
Oigo pasos!... me parece...

(*Mira hácia la derecha*)
tal vez el Rey Castellano...
Debe de ser... sí... no en vano
una conferencia ofrece...
Mi hermana Blanca merece
todo su amor... No quisiera
que aguardándole me viera!...
Me ocultaré en la Capilla
no sospeche el de Castilla...
¿Quién sabe lo que le espera?...
(*Entra en el Oratorio*)

ESCENA IX.

Don Enrique IV y Don Beltran.

ENR... Sí, D. Beltran, no hay duda que sospecho
de vos; os lo confieso con franqueza.
BEL ... Señor, sabeis que vuestra augusta esposa
hace ya tiempo que se siente enferma:
vos no estábais, su pálido semblante
retrataba la angustia que le aqueja,
y con doliente voz nos suplicaba
por su esposo, por vos: vuestra presencia
anhelando, pensé que os hallaríais
en la torre de Ortez, y con cautela
víneme hácia éste punto, y os encuentro
para decir: Señor, volad, espera
vuestra esposa; quizá su aliento último
en éste instante de su pecho eleva.
ENR... ¡Oh callad, D. Beltran! Sabedlo todo,
y partícipe sed de mi vergüenza.
Doña Juana, mi esposa... no... no quiero...
vos lo sabeis cual yo!...
BEL.... Señor!
ENR... Si intenta,
por medio de su vil hipocresía,

mi esposa conquistar mi amor, que beba
toda la hiel que vierte su conducta
sobre mi corazon... Vos, cuyas prendas
de valeroso y fiel me son probadas,
¿no escuchásteis un eco que me aterra
que por la Córte publicó?... no, calle...
¡calle la voz ó arrancaré mi lengua!...
Doña Juana se engaña; yo una esposa
tendré, cuya virtud no se conmueva
cuando la seduccion muestre su rostro.
Ya al Pápa le mandé...

BEL.... Vos!

ENR... Sí, otra reina
vendrá á ocupar el trono de Castilla.
No estrañeis que á la Córte no digéra
mi pensamiento, porque así no temo
declamaciones ni palabras huecas.
Vos mismo...

BEL.... Yo, señor, jamás abuso
de nada ni de nadie: Vuestra Alteza
juzgará, si le digo que no es nuevo
para mí vuestro plan...

ENR... Qué!

BEL.... No quisiera
que os ofendiéseis, pero yo enterado
hace tiempo que estoy...

ENR... Pues sí, la Reina
de Navarra... la hermosa... no...
(*Ocultando el rostro entre las manos avergonzado de sus propias palabras*).
¡Dios mio!
Cuán desgraciado soy!.....

BEL.... Señor!...

ENR... Que sepa
todo el mundo mi historia, mi desgracia,
mi desvelo incesante, mi flaqueza!.....
¡D. Beltran, D. Beltran! Cuando mi mente

forjábase ilusiones placenteras;
cuando entre la alba nieve del Enero
una flor encontré fragante, bella......
¡oh destino fatal! ví marchitarse
su cáliz bajo el sol de la impureza!......
(*Queda profundamente acongojado*)

BEL.... Señor, por qué abatirse?.... Dios lo quiso.
Partid, Castilla vuestra esposa sea!.
Si Doña Blanca......

ENR... No, Beltran..... dejadme!.....
¡Y aun me pide una cita!... ¡qué vergüenza!
(*Hablando consigo mismo.*)
Y aun dudo, sí, y aun dudo..... porque temo
que la calumnia su ponzoña vierta......

BEL.... Permitidme, señor: ¿No veis que es triste
que por una muger, un hombre pierda
su dignidad, su honor?... Rey de Castilla;
vos, cuya sangre corre por las venas
llevando, en cada gota, claro timbre
de honradez, de valor y de nobleza;
¿hundireis vuestra frente ante la impura
planta de una muger, que no desdeña
llegar al nupcial tálamo riendo
mientras el cieno ruin su pecho lleva?...

ENR... Teneis razon, Beltran... pero si dudo
de tánta falsedad?... No: quiero verla.
Me suplica la escuche unos instantes
y la he ofrecido ya la conferencia:
pronto vendrá, y ante la Vírgen Santa
me ha de jurar...

BEL.... Señor, cuán poco cuesta
jurar y más jurar... ¡Si es éste mundo
una torpe mentira, una comedia!...

ESCENA X.

Dichos y Don Gaston, seguido por Fortun.

LEO.... Pobre Gaston!.... (*A Don Beltran*)
GAST.. (*A Fortun*) Escucha: tú, no olvides
(*Sin reparar en los que hay en escena*)
que has de esperarme aquí...
(*Señalando el dintel de la puerta*)
FORT.. Señor!....
GAST.. La puerta
guarda, que aquí no pasen, lo has oido?....
(*Viendo á Don Enrique sin fijarse en Beltran*)
Ah!.... qué quieres aquí?. (*A Don Enrique*)
ENR... Conde!....
GAST... Tú, espera: (*Al mismo*)
dí conoces á Blanca?....
ENR... ¡Qué misterio!.... (*Afirmativamente*)
GAST... Dices que sí?.... Pues bien, por ella vela,
porque hay quien mira su feliz estado,
y.... la envidia fatal su vuelo apresta!
Yo tambien tengo un hombre que vigila;
á Guillen.... dónde está?... Yo haré que venga...
Me has entendido?... bien...
(*Viendo á Don Beltran de la Cueva*)
Ah!.... miserable!....
Infame!.... no.... no.... aparta.... Gaston, reza!
(*Se dirije á la Capilla y al ir á penetrar en ella distingue á Doña Leonor que sale, y retrocede prorumpiendo*:)
Ah!.... sombras, desvanecéos.... alejáos!....
LEO.... Gaston mio!....
GAST.. Muger, maldita seas!....
(*Váse por la misma puerta izquierda*).

ESCENA XI.

Doña Leonor, Don Enrique y Don Beltran.

LEO.... ¡Me ha maldecido otra vez!... (*Sollozando*)
ENR... Señora!...
LEO.... Rey Don Enrique,
Don Beltran, cuando ante el ara
de la Santísima Vírgen
ruego por él... ¡Vírgen mia!
ah! mi esposo me maldice!...
ENR... Doña Leonor, consoláos:
Gaston entre sombras vive
que aturden su fantasía
y su razon... Mas decidme:
¿no habeis visto á vuestra hermana?...
LEO.... Señor, me ha sido imposible...
¡Qué noche, señor, qué noche!...
ENR... Unos instantes me pide
de conferencia, y accedo...
LEO.... Oh! sí, Rey, la pobre gime
presa de dura agonía!...
BEL.... (Será cierto, ó es que finje?...) (*Aparte*)
ENR... Ah, señora! Vos sabeis
que mi pecho tambien vive
sin vida, que tambien sufro...
Que mis ojos se resisten
á mirar tanta perfidia,
tanta infamia!... Ah!... Decidme
á que se refiere Blanca
cuando en sus cartas escribe....
escuchad: (*Saca del limosnero unas cartas, y lée:*)
«Una sortija
que el Conde tiene, le sirve
para dominarme.....» Veis, (*Representa*)

señora, lo que aquí dice?....
Pues bien, qué es ésto?....

LEO.... Señor......
no sé.... (Pecho, no vaciles, (*Aparte*)
ten calma....)

ENR... Leonor, decid,
por Dios, lo que signifique
esa *sortija*, que temo
que más la infamia acredite...

LEO.... Qué he de deciros?... Señor...
(*Expresando la duda que la domina*).
Pues que lo quereis, oidme...
. . . .
Esa sortija—mi esposo
me lo relató—fué un triste
recuerdo que Doña Blanca
mandó á su amante...

ENR... Ah!...

LEO.... Quise
saber cómo, de qué modo
Gaston tuvo...

ENR... Sí, decidme...

LEO.... Un pajecillo, el más fiel
á su señora, dió libre
curso á su ambicion; por ella
vendió el secreto...

ENR... Supísteis?...

LEO.... Que era el mensajero...

ENR... Basta,
señora: por lo que estime
mayormente vuestro pecho;
por el amor que sentísteis
por vuestra hermana; entregadme,
si la teneis, esa sirte
do se estrelló la virtud
de una muger...

LEO.... No!...

ENR... Que expíe
vuestra hermana su pecado
ante las pruebas horribles
de su deshonra...

LEO.... No... Rey...

BEL.... Señor, dejad que castigue
Dios su culpa...

LEO.... (No... no... el Cielo (*Aparte*)
lo quiere!...)

BEL.... Partamos; rige (*Al Rey*)
Dios nuestros actos, y Dios
hace el consorcio imposible.
Tal vez si vos escuchais
sus palabras os fascine,
y os haga olvidar que sois,
noble rey, de régia estirpe...

LEO.... (¡Dios lo ha querido, pues sea!) (*Aparte*)

ENR... Señora, quiero decirle
por última vez á Blanca
que no he juzgado impasible
sus actos, que tengo pruebas...
Lo he pensado: si consigue
convencerme, de algun modo,
cosa que juzgo imposible,
de que éstas cartas malditas
no su memoria maldicen;
con la sortija que vos
me dareis, haré que arriben
á su pecho los recuerdos
de su infamia, y que publique
su rostro tanta vergüenza...

LEO.... Ah!...

ENR... Sí...

BEL.... Señor no confíe
Vuestra Alteza en tal recurso,
pues no le será difícil
á Doña Blanca vencer...

ENR... Yo haré que Satan me inspire
un médio para que Blanca...
Sí... sí... (*Como respondiendo á una idea que cruza por su mente*).

LEO.... (¡Dios mio!...) (*Aparte*)

ENR... Pedidme
lo que querais, pero dadme
esa sortija...

LEO.... (¡Vencistes, (*Aparte)*
oh! ambicion!) Señor... yo os ruego...

ERN... Doña Leonor!... (*Suplicando*)

LEO.... (No delires, (*Aparte*)
oh pecho!...)
(*Aquí el talento de la actriz ha de suplir la falta de palabras; pues al entregar á Don Enrique el estuche que contiene la sortija, ha de expresar en sus acciones terror, júbilo, duda, esperanza, etc.*)
Pues... lo quereis...
tomadla... (¡Que... Dios te guíe!...) (*Aparte*)
Nunca la aparte de mí!...

ENR... ¡Oh, tú, metal que bebiste
la deshonra!... (*Oprimiendo entre sus manos el estuche, que Doña Leonor acaba de entregarle, con acento de ira, y guardándole despues en su limosnero.*)
Perdonad, (*A Doña Leonor*)
la hora se acerca...

LEO.... (Qué hice?...) (*Aparte, como si ya sintiera el grito de la conciencia*)

ENR... (*Hablando consigo mismo, como interpretando lo que en aquel instante piensa su mente.*)
Eso es.... sí... le hablaré...
y en vez de mostrarle el *triste
recuerdo*... yo, cariñoso
amante, sí... ante la Vírgen,
como ofrenda de mi amor,
sin que ella se lo imagine,

y sin que vea la piedra
con sus armas...

BEL.... (Qué!) (*Aparte, prestando mayor atencion*)

LEO.... (*Con ansiedad*) (Qué dice!...) (*idem*).

ENR... Yo le pondré la sortija...

LEO.... (Ah!... ¡El infierno!...)
(*Aparte, retrocediendo con indescriptible terror*)
Rey Enrique!...

ENR... Qué teneis, señora?...

LEO.... No...
permitid que me retire...
D. Beltran... acompañadme...

BEL... Pero...

ENR... Qué!...

LEO.... La noche... oprime
(*Hablando con cierta fatiga*)
mi corazon... no... no es nada...
Rey!... (*Saludando*)

ENR... Señora!... (*Idem*)

LEO.... (No delires!... (*aparte*)
(*Oprimiendo su corazon con entrambas manos, y respirando con ánsia*).
¡Dios me dá un trono y el Cielo
el triunfo por mí decide!...)
(*Vanse Doña Leonor y Beltran*)

ESCENA XII.

El Rey Don Enrique.

(*Instantes de pausa, durante los cuales parece como que D. Enrique se halla abismado en sus múltiples dolorosas ideas*).

¡Y he de partir sin ella!... ¡Triste suerte!
Vision querida que mi mente alcanza,
brindándome un albor de bienandanza
para darme despues horrible muerte...

Pasen los sueños, la ilusion querida
que abrillantó la mísera existencia...
Pase la luz, que del dolor la esencia
enluta el cielo de mi triste vida!...
. . . .
D. Beltran, D. Beltran!... Comprendo y miro
cuál es el pensamiento que os domina,
cuál és el pensamiento que os fascina,
y aun ¡mísero de mí! sufro y deliro!...
La Córte me señala con el dedo,
y hasta sirve de escarnio mi presencia...
¿Por qué no he de arrojar ésta demencia,
¿por qué no he de luchar?. . . . .
. . . . Por que no puedo.
Por que la luz de mi valor titila;
por que eres, rey Enrique, rey de nombre...
¡Rasga tu corazon, que nò eres hombre,
y arroja tu corona, que vacila!. . . . . .
(Pausa.—Enrique anonadado por el dolor, cáe sobre el sillon de la derecha.)
Todo me aturde... La Condesa quiere
que perdone á su hermana... ¡desvario!
Y él, el conde de Fox, que acusa impio
á una mujer que sin su apoyo muere!...
Qué horrible pensamiento... qué locura!...
Entre tinieblas vivo, sin que vea
ni un átomo de luz... ¡Maldita sea
la mujer que me causa ésta tristura!...
Ella vendrá!... Sortija codiciada
con delirio por mí, su muerte lleva;
tú, que mataste á un alma enamorada,
haz que el licor de la venganza beba...
Sí; me complacerá que anonadada
caiga ante mí, por tan horrible prueba...
¡Oh, Dios mio!... Perdon para mi afan!...
Cuánto sufro!...
(Vá cayendo en un estado de postracion y abati-

miento, pronunciando las últimas palabras que se posponen con gran esfuerzo y pesadez).

Gaston!... Blanca!... Beltran!...

(*Música dulcísima en la orquesta—Queda el teatro casi oscuro—La lámpara que cuelga en el centro de la escena vá extinguiéndose—D. Enrique dormita en el sillon, como anonadado por el sufrimiento —Désele un tinte melancólico á la escena.*

ESCENA XIII.

Don Enrique y Doña Blanca, que sale por la derecha, pasa por junto al sillon donde está el Rey sin reparar en él, atraviesa la escena, y en tiempo oportuno se postra ante la puerta de la Capilla que estará entreabierta y permitirá ver la imágen de la Vírgen. (Si las condiciones de la orquesta lo permiten, sería conveniente que la actriz recitára la plegaria que dirije, en su parlamento, á la Vírgen.)

Blan.. Aun no ha venido... Palpita
mi corazon... Aquí siento
una zozobra... un tormento...
. . . .
¡Solo tú, Vírgen bendita,
me prestas valor y aliento!
«María, fragante rosa
de turgencia misteriosa,
que el llanto del hombre pio
vá esmaltando de rocio...
¡flor sin espina enojosa!
Tú cuyo nombre aprendí
de niña á balbucear,
cuando con mi madre fuí
y me posterné ante tí
en las gradas de tu altar;

Tú que un nimbo misterioso
de tus pupilas derramas;
oye el eco doloroso,
Tú que á los huérfanos amas,
de mi pecho quejumbroso...
¡Oh Vírgen Madre!... ¡María!
Escucha la amarga queja
que el corazon hoy te envía...
¡Ella es una voz refleja
de mi dolor... madre mía!...
Sé tú mi madre... En la tierra
dame un rayo de esperanza,
y con él la bienandanza
que tu corazon encierra...
¡Oh Virgen, sol de bonanza!

. . . .

Madre! Si al sólio de Dios
de la Vírgen vas en pos,
díle escuche mi lamento,
los ayes que lanzo al viento
y... ¡que vele por las dos!...

. . . .

(*Cesa la música.—Blanca queda sollozando dolorosamente.—Al escuchar la voz del rey se dirije hácia él*).

ENR... Sueños de goce y ventura,
(*Como quien despierta de un profundo sueño*)
de dicha fascinadora...
pasad...

BLAN.. Enrique! (*Mezcla de terror y ternura*)

ENR... Señora! (*Alzándose de su asiento*)

BLAN.. Oh!... gracias.

ENR... (¡Muger impura!) (*aparte*)
Qué me quereis?... (Finge y llora!...) (*aparte*)
Decidme, ¿por qué un instante
de conferencia pedís?
¿Por qué avivais anhelante

éste volcan incesante
que me abrasa... qué decís?...

BLAN.. Enrique, escuchad, señor:
yo, la muger ofendida
pues se duda de mi honor,
vengo á entregaros mi vida...
porque es mi vida el amor...
Quiero que brote á raudales
la verdad de éstos mis lábios;
quiero que las infernales
calumnias, que dando agravios
matan dichas celestiales,
perezcan ante el fulgor
de mi virtud, de mi honor,
cual se deshace el capuz
del cielo, cuando la luz
nos dá su primer albor...

ENR... Ah!...

BLAN.. No vengo á suplicaros
que ese amor que en vos vivia
torne á mí, que el alma mia,
señor, ya no podrá amaros... (*Solloza*)
dudásteis de su hidalguía!...
Venid, venid... el altar
de la Vírgen nos espera,
pues quiero, por vez postrera,
ante su imágen jurar
por mi virtud!...

ENR... (Si mintiéra, (*Aparte*)
juraria?...) Blanca, no,
no profaneis un sagrado
mandamiento, que probado
vuestro crímen tengo yo...

BLAN.. ¿Por qué no me habeis mostrado
esas pruebas?...

ENR... Sí?... Mirad
y estremecéos...

(*Buscando en su limosnero las cartas*)
Temblad,
porque hay muertos que aun habitan
éste mundo y que nos gritan...
BLAN.. Qué decís?...
ENR... No, no, callad
y ved. (*Le muestra sus cartas*)
BLAN.. Qué! (*Con naturalidad*)
ENR... ¡No se estremece!
Señora, no veis?... Parece
que no os dice el corazon
que son vuestras?...
BLAN.. Sí, lo son...
ENR... Y no lo niega!... (*Con ira*)
BLAN.. No...
ENR... Acrece (*Con creciente rábia*)
mi furia, muger liviana,
tu fingimiento estremado!...
BLAN.. Rey, no os mostreis tan osado (*Con dignidad*)
con una Reina. Mañana
partiré. Si habeis buscado
un médio para burlar
el candor de una muger...
ENR... Señora!... (*Con despecho*)
BLAN.. Podeis quedar
satisfecho!...
ENR... Mi pesar...
(*Se interrumpe brúscamente al ver á Guillen que entra por la puerta izquierda.*)

ESCENA XIV.

Dichos y Guillen.

ENR... Qué buscais? (*Á Guillen*)
GUILL. Yo... perecer!...
Traspasadme el corazon!...

(Movimiento de asombro en Doña Blanca y Don Enrique).

ENR... Pero...

GUILL. Yo he sido un ladron
que á una muger he robado
un depósito sagrado...

BLAN.. Qué dices?

GUILL. La confesion, *(A Doña Blanca)*
señora, de un moribundo...

ENR... (Si será?...) *(Aparte)*

GUILL. Yo no cumplí
la confianza que en mí
tuvísteis, señora; un mundo
de bienandanza perdí...
Sabedlo, sí, todo escrito
para el Rey que me entregásteis
y que en mí depositásteis,
dí al Conde!...

BLAN.. ¡Qué horror!...

GUILL. ¡Maldito
el crímen que me brindásteis,
Conde de Fox!...

BLAN.. Luego no
mi Enrique las recibió?...

ENR... (La comedia se prepara...) *(Aparte)*
Señora!

BLAN.. Enrique!... *(Con júbilo)*

ENR... Qué rara
coincidencia sucedió,
que?...

GUILL. Señor, por un arcano *(A D. Enrique)*
que pesa sobre mi frente,
dí al Conde, traidoramente,
las cartas...

ENR... Basta, villano,
fingís admirablemente.

GUILL. Señor!

BLAN.. Enrique!
GUILL. Tomad
cual prueba mi corazon,
sus misterios descifrad...
BLAN.. Guillen, buen viejo, callad;
¿no veis que está la razon
de su Alteza dominada
por la duda?...
ENR... Sí... mas duda
que no es duda: está probada
tanta infamia...
GUILL. La desnuda (*Con energía*)
verdad, por mí fué mostrada...
Os interrumpí... matadme (*Cambia de tono*)
que me hareis un bien, señor,
mas no dudeis...
BLAN.. Escuchadme,
rey: por mi filial amor
yo os juro que...
ENR... Sí, juradme
señora... (Que el fingimiento (*Aparte*)
arranque mi sufrimiento:
finjamos tambien, finjamos!)
Juradme, por cuanto amamos
en el mundo, que es un cuento
lo dicho villanamente
por el Conde, que es mentira...
BLAN.. ¡Lo juro solemnemente,
sí, por el Dios que nos mira!...
ENR... (Cómo se abrasa mi mente!... (*Aparte*)
La última prueba!...)
BLAN.. Tambien
por mi madre, que al Eden
celestial me está llamando,
yo os juro que es un nefando
crímen!...
ENR... Perdon, ¡oh mi bien!

(*Tendiendo los brazos á Doña Blanca*)
si he dudado, Blanca mia!...

BLAN.. Mi Enrique!... (*Le abraza con ternura*)

ENR... ¡Felice dia!
(Así... sigamos mintiendo... (*Aparte*)
La última prueba!...) Comprendo
tu virtud y tu hidalguía;
y al Conde de Fox que tanto
te calumnió...

BLAN.. No: el encanto
de una dicha se oscurece
con la venganza... ¡Florece,
si no se riega con llanto!...

GUILL. Señora!... Señor!... (*Cayendo de rodillas*)

BLAN.. Alzad,
buen Guillen...

GUILL. Mas perdonad
á éste viejo...

BLAN.. Sí, el perdon (*Tendiéndole la mano*)
te ofrezco del corazon...

GUILL. Señora, cuánta bondad! (*Le besa la mano.*)
(*Durante todo éste diálogo el rey Enrique habrá estado meditabundo y triste, como abismado en sus pensamientos, continuando con éste carácter hasta que sea interrogado por Doña Blanca.*)

ENR... (Ah!... fingir no puede ser!...) (*Aparte*)

BLAN.. Bondad!... no, ¿qué puede hacer (*A Guillen*)
la que rebosa ternura,
si un átomo de placer
cubre un mundo de tristura?...
Pero Enrique?... (*Al Rey*)

ENR... Blanca mia!

BLAN.. En qué piensas? (*Con ternura*)

ENR... Que seria
mi placer mucho mayor,
si bendigése éste amor
la Santa Vírgen María!

BLAN.. Acudamos al altar
y oremos.
ENR... Te he de entregar
la sortija del esposo...
BLAN.. De veras? (*Se dirijen hácia la capilla*)
ENR... ¡Si soy dichoso!
(La última prueba!...) (*Aparte*)
GUILL. Rezar
debo yo tambien... Señor,
el ángel de la alegría
disipa la pena mia...
(*Doña Blanca y D. Enrique se habrán arrodillado ante la Vírgen en el foro; y Guillen tambien de rodillas, junto al sillon de la derecha, en actitud de orar, fija la vista en el suelo. Música muy dulce en la orquesta. Pausa*)
BLAN.. Ah! Bendice nuestro amor,
¡oh Santa Vírgen María!

ESCENA XV.

Dichos y Don Gaston y Doña Leonor.

(*En ésta escena ha de haber mucha precision en todo cuanto los personajes hablen y hagan.*)

GAST... Ah!... qué miro!... (*Retrocediendo al ir á entrar por la puerta de la derecha, viendo á D. Enrique y Doña Blanca que aun continuan de rodillas ante el altar.*)
LEO... (¡Cielo santo!) (*Aparte, quedando medio oculta en la puerta de la izquierda, mirando con ansiedad el grupo de doña Blanca y Enrique*)
GAST.. ¡Qué idea!... (*Lanzando ésta exclamacion en el instante mismo en que D. Enrique pone la sortija en el dedo de doña Blanca*).
No!... (*Entrando en escena*)

ENR... La sortija!

BLAN.. Ah!... (*Grito de desesperacion que lanza doña Blanca al conocer que la sortija que lleva puesta, es la misma que dió muerte á su hermano el príncipe Cárlos; grito que es interpretado por D. Enrique como exclamacion de vergüenza y asombro por parte de Doña Blanca, al haber reconocido la sortija que, segun la calumnia de Doña Leonor, dió á su amante.*)

ENR... Muger, la última prueba...

BLAN.. No... (*Forcejeando inútilmente por arrancar de su dedo la sortija, y cayendo al suelo sin fuerzas y sin aliento.*)

GUILL. Cielos! (*Socorriendo á Doña Blanca.*)

LEO.... Ah!... (*Abrumada ya por el remordimiento, sin atreverse á descubrir su faz que oculta entre las manos.*)

ENR... De rodillas,
infame...

BLAN.. Si es que... me muero...

ENR... Dios grande!...
(*Ciñendo á Doña Blanca con sus brazos.*)

GAST.. Sí!...
(*Gaston que, desde su anterior exclamacion habrá enmudecido, como electrizado por la misma desesperacion que le abruma, al lanzar éste último grito esconde su rostro entre las manos, como quien no quiere mirar lo que á su alrededor pasa.*)

ENR... Blanca mia!...
(*Rompiendo en doloroso llanto.*)

BLAN.. Gracias... mi Enrique... mi madre...
(*Agonizando*)
dónde estás?... ah!... ya la dicha...
celestial... luz para ver...
Oye... Enrique mio... olvida
mi muerte... tu corazon...
así... así... ¡madre mia!... (*Muere*)

ENR... ¡Ha muerto, señor, ha muerto!...
(*Besando frenéticamente las manos de Doña Blanca.—Gaston, al oir las últimas frases de D. Enrique, oprimirá su cabeza fuertemente con entrambas manos, y dirigiendo la torva mirada á su alrededor, al fijarse en Doña Leonor, ahogará un grito de indignacion en la garganta y comenzará su parlamento.*)

GAST... Infame muger!... ven... mira... (*Á Leonor*)
mira ese pálido rostro,
(*Señalando á Doña Blanca*)
mira sus cárdenas tintas...
te están diciendo: Cain,
Cain, muere!... ¡De rodillas!
(*Cáe de rodillas Doña Leonor junto á la ventana izquierda, de modo que los resplandores rojos del primer crepúsculo la bañen*).

LEO.... Ah!...

GAST.. ¡Te estremeces adúltera!...
Cébate sobre tu víctima...
el triunfo es tuyo... ¡venciste!...
¡Goza ya de él, fratricida!...
. . . .
¡Cómo del primer crepúsculo
te bañan las rojas tintas!... (*Con sonrisa de ódio*)
Qué bien se ciñe á tu frente
esa diadema rojiza!...
Levanta y anda!... Lo impuro
de éste ambiente nos asfixia...
Muger, despierta y huyamos,
que llega la luz del dia!...
Huyamos!... Yo, envilecido...
tú, por tu crímen, maldita...
¡Paguemos, los dos, EL PRECIO
DE UNA CORONA de espinas!...

FIN DEL DRAMA.

CARTA ÍNTIMA. (1)

Sr. D. José Mariano Milego.

Mi querido amigo: Cuando recibí el ejemplar de su drama y leí la carta que lo precede, sentí la misma impresion que debió experimentar el eminente escritor Don Juan E. Hartzembusch, al escribir en el álbum de una niña éstos lindísimos versos:

«Te ví en un baile, me miré al espejo;
¡ay! qué rabia me dió de verme viejo!...»

Es posible que esta cita y esta reminiscencia humorística, en presencia de un drama romántico en el que mata V. sin piedad de un sortijazo emponzoñado á una pobre reina, digna de mejor suerte, le deje á V. estupefacto y acaso lleno de enojo por lo que tal vez creerá una de mis extravagantes genialidades.

Pero, qué quiere V.? Yo que suelo encontrar estrechas conexiones entre lo que parece mas antitético, y relaciones íntimas entre lo grande y lo pequeño; yo que suelo ver fondos inmensos de filosofía, de reflexion, de verdad

---

(1) Querido Corradi: Puesto que accede V. á mi súplica y me autoriza para que su bien escrita carta—que yo me he atrevido á calificar de *íntima*—acompañe al modesto ensayo dramático que he dado á la estampa, me ha de permitir haga pública mi gratitud, deseando que, más elocuentemente que mis palabras, dé á V. testimonio fiel de mi reconocimiento, por sus bondades, el abrazo cariñoso que con toda mi alma le envío. Suyo afectísimo amigo.

Milego.

y de amargura en esos cantares populares que entonan inconscientemente las muchachas de los talleres al compás de las ruedas de sus máquinas, me parece escuchar en la alegre y risueña galantería de aquellos dos versos el eco de uno de esos suspiros que condensan el recuerdo de toda una existencia, al contemplar confundidos en un punto los risueños horizontes de la mañana que huyó con las melancólicas tintas del ocaso que la arrastra á las tristezas de todo lo que es pasado.

Esas páginas de V. me han hecho á mí el efecto del espejo del insigne vate, y no he podido menos de suspirar con él y exclamar á mi vez:

«¡Cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando!»

Entre esas páginas y yo está la distancia del Oriente al Ocaso; de lo que llega y de lo que parte.

Allí está el aura de la mañana, la alegria de la esperanza, la espontaneidad y el generoso calor de la juventud.

Palpitaciones del amor filial, expansiones de la amistad sincera, recuerdos de instantes consagrados á la manifestacion del más noble de los sentimientos; la gratitud.

Sí, yo recuerdo aquella tarde en que le ví á V. casi niño, llevando la ofrenda de su amor en sonoros versos al pié del sepulcro de Quijano.

Ningun espacio más á propósito para un niño poeta que exhala por primera vez las armonias del alma, traducidas en los ritmos de la poesía española.

Un mausoleo que eleva hácia el cielo su gallarda espira cubierta de frescas flores; las últimas horas de la tarde, perfumada por las brisas del otoño; el sol que declina; los árboles que gimen; y todo coronado por el inmenso pabellon del firmamento, claro, diáfano, azul como el de la reina de Andalucia, y por pedestal de esa maravi-

llosa tribuna un pueblo entero que allí, en esas horas solemnes de la tarde en las que todo induce á la meditacion; en las que el alma parece desprenderse de la cárcel de la vida para volar á las regiones del infinito, inclinaba la frente ante aquella piedra consagrada á las grandes virtudes y, olvidando sus rencores, sus luchas, sus pasiones, se entregaba, fundido en un solo sentimiento, á las nobles expansiones de la gratitud y del amor. ¡Qué hermoso cuadro!

Nada mas armónico para V. Eran los primeros albores de su juventud, horas de la vida en que todo es verdad en el interior del hombre: allí era todo verdad en el exterior tambien. Tan verdad, que el tributo de lágrimas y flores que en religioso culto ofrecen una tras otra generacion al pié de aquel sepulcro, es un bálsamo consolador del alma que sufre, envuelta en las negras brumas del descreimiento nutrido por los desengaños. Aquellas demostraciones son la manifestacion de sentimientos, cuya realidad es evidente.

Allí palpita la fé, el amor, la gratitud; todas esas virtudes, de cuya existencia dudamos tantas veces, y que allí se descubren grabadas en el alma de la humanidad.

Allí desaparece el eterno escenario de la vida social y las palabras, los afectos, las manifestaciones son lo que son. Porque tras de aquel monumento no hay promociones, ni recompensas, ni títulos, ni honores.

El varon insigne, cuyas cenizas reposan en el hueco de aquella piedra, no puede darnos nada; nos lo dió todo; nos dió su vida.

Si allí nos descubrimos la cabeza y llevamos una corona de flores, es porque sentimos, porque reconocemos, porque amamos.

Por eso el niño poeta que siente y ama y crée, como crée y ama la juventud, encajaba tan bien en aquel cuadro y dejaba correr los ecos de su lira, que eran las palpitaciones de su corazon, recogidas con aplausos por una

multitud, cuyos corazones estaban dispuestos á sentir con él.

Desde entonces ha seguido dando expansion á sus inspiraciones traducidas en composiciones poéticas, que todas llevan el estro de un alma de poeta y el arranque brillante, aunque incorrecto, de un alma jóven.

Su primera produccion dramática es lo mismo. Aunque V. se ha propuesto escribir un drama histórico, con todos esos abismos de siniestras pasiones y de combates de ambicion, solo ha hecho V. una produccion poética, brillante, fresca, sonora: vibraciones de una lira crédula y entusiasta como un niño.

No me propongo hacer un exámen crítico de EL PRECIO DE UNA CORONA, ni podría hacerlo, pues no hay crítica posible de una produccion teatral hasta verla en la escena. Tampoco creo que V. lo desee.

Supongo que su objeto al enviarme el drama ha sido que le diga sencillamente mi opinion de amigo: pues bien, su drama me parece más que un presente, un porvenir seguro.

Aparte de que el argumento que V. ha elegido, aunque interesante, es difícil porque las desventuras de Blanca de Navarra han servido ya profusamente á novelistas y poetas para asuntos de sus producciones, la naturaleza del drama exigia una severidad clásica que V. no le ha dado.

Los caractéres creo que pudieran estar mejor sostenidos y algunas de las situaciones desenvolverse con más naturalidad.

El rey Enrique convirtiendo su apasionado amor en repentino ódio por la rápida lectura de una carta de que apenas se entera, me parece un recurso algo injustificado y violento.

En cambio el interés de las situaciones está sostenido; la accion se desarrolla fácilmente y los versos aparte de algunos descuidos de lenguaje, son fluídos, fáciles y en algunas tiradas brillantísimos.

No tengo bastante conocimiento de los efectos escénicos, ni es fácil graduarlos fuera del teatro para augurar á V. el éxito del drama representado; pero lo que sí le aseguro es que leido gustará siempre.

Suponiendo que ésta carta, que escribo á vuela pluma, va á quedar en la intimidad del amigo, le hablo con la franqueza y el abandono de esa intimidad, y concluyo diciéndole que en resúmen, el drama es V. mismo, como aparecía en el monumento de Quijano; con su estro poético, con sus versos que brotan á raudales, sin meditacion, quizás poco limados; pero armoniosos, sonoros, y vivificados por ese hermoso calor que solo dá la juventud y que revela en V. un poeta de grandes esperanzas.

Hé aquí la razon porque al mirar en su produccion los albores de una mañana que nace bañada de luz, de una intensidad que le augura esplendores no alcanzados por los que ya tocamos el ocaso, recordé el suspiro de Hartzembusch, y aunque no me dió rabia de verme viejo, sentí la tristeza natural que brota del contraste de opuestas tintas que dibujan los esplendores de la luz con las melancolías de las sombras.

De V. affmo. amigo

B. de Loma y Corradi.

Abril 24 de 1879.